



**IS D N E I**

**Yosuel Ián**

Isdneí

Yosuel Ián

*Voces Espartanas*



# Libros de Yosuel Ían

*Villa Castilla*

*Dimensiones Paralelas*

*Arde el Cielo*

*Isdnei*

Isdneí

Yosuel Ián

***Isdneí***

*ISBN: 9781080441259*

**©Yosuel Ián, 2019**

**para esta edición**

**© Voces Espartanas, 2019**

*Prohibida cualquier reproducción total o parcial sin previa autorización.*

***Diseño gráfico:***

***Freepik***

***Rokechenko***

***Corrector: Patrick O'Neill***

*Contactar a [Yosuelian@yahoo.com](mailto:Yosuelian@yahoo.com)*

# Contents

[Isdneí](#)

[Libros de Yosuel Ían](#)

[Femme laide](#)

[Finofantasié](#)

[Bonachona](#)

[El elixir](#)

[El hado](#)

[Sapura](#)

[El duque](#)

[La muerta más muerta](#)

[El baile del fénix](#)

[La varita de Shalom](#)

[Ciudad defectuosa](#)

[La cruz de Taurus](#)

[Isdneí](#)

A Emilio del Carril por ser parte de la aventura en Isdneí.

El mundo mágico es jugar con el parque de la vida.

**Walter Isdneí**



*“Vale la pena perderse en la magia porque podemos ver la realidad de nuestro reflejo”.*

***Las reinas de la soledad***

## Femme laide

No sabe cuántas veces ha pisado el mismo charco pestilente. Las plantas de sus pies están mojadas. Su hermoso traje azul celeste ahora está repleto de manchas. Le han salido callos en las manos por las labores que conlleva complacer constantemente a su príncipe. Sabe que no puede detenerse a descansar. Respira profundo y se recoge el cabello con enredaderas. Observa cómo las uñas se le han quebrado por cargar objetos pesados. Las suelas de sus botas son de cartón, su vestido está remendado con parches de telas viejas. Se dirige a continuar la jornada.

—Debo llegar lo antes posible, pero no aguanto los pies —le dice con dejadez a Lilibeth, su hada madrina y única amiga.

Lilibeth se ha convertido en su confidente. Ella es un ejemplo de superación ya que ha podido volar en los últimos años a pesar de tener un ala partida. Pero el príncipe Devuan le ha prohibido usar la magia porque dice que es una mala influencia para su cónyuge. Para evitarlo, ha creado un hechizo que neutraliza el poder del hada.

—Déjame ayudarte.

—No lo hagas, nos meteremos en problemas.

Sabe que debe completar las tareas del día y todavía le falta buscar agua. Utiliza una cantarera para transportar las enormes ánforas que llena en el pozo. Trata de mantener el equilibrio.

La princesa tropieza con una piedra filosa. Con dificultad se mantiene de pie. A lo lejos divisa a su marido. Puede distinguir su pelo largo, la barba gris siempre con residuos de comida y su anatomía grotesca. Él bebe un sorbo de ron. Constantemente emana alcohol de su cuerpo. Escupe saliva verdosa y se fuma un cigarro. Camina por el balcón con lentitud. Su barriga limita sus movimientos. Contrariado le grita:

—¡No sirves como esposa! He esperado varias horas y he visto que has dejado caer el agua tres veces —se rasca la nariz y continúa—: ¿Ahora vas a decirme lo cansada que estás? Tonta, haragana, vete y no vuelvas hasta cumplir con tus responsabilidades.

Se percata de que, en efecto, el traspíe ha provocado que se le derrame la mitad del agua. Con resignación trata de sostener el pedazo de madera para regresar al pozo y volver a llenar los envases. El dolor del cuello la hace

sentirse miserable. Las piernas no le responden. Intenta, infructuosamente, de cumplir con las exigencias del hombre que la engañó. Regresa al camino mientras se pregunta si existe alguna magia que la libere.

Recuerda aquellos días cuando pensó que él era el hombre ideal. Desde pequeña miró por la ventana en la espera de un joven caballero de ojos azules, pelo lacio y armadura plateada. En el reino de Anandell es importante conseguir a un compañero con esas características. Ella quería honrar a sus padres con un buen candidato para marido.

Todo era ilusión hasta aquel día en el que escuchó un galope agitado cuando caía la tarde. Divisó al equino negro con un jinete de tez blanca y ojos claros. Era muy diestro al cabalgar. Tenía ademanes refinados, porte gallardo y pestañas sensuales. Su elocuencia era un arma para la manipulación y el engaño. Con voz dulce, pero firme, se dirigió a los vigilantes quienes le preguntaron a cuál reino pertenecía. Con cortesía contestó: “Soy del país de los Princifeos. He venido a ver al rey Octavio”. La guardia quedó perpleja ya que nunca se había recibido a alguien de ese país. Lo dirigieron al salón donde se encontraba el monarca.

—Su majestad, he venido desde lejos porque deseo contraer matrimonio con su primogénita.

El rey lo observó con una mirada árida e indiferente. Inicialmente rechazó la petición de compromiso porque no se acostumbraban las uniones con desconocidos. Sin embargo, Octavio consultó con los sabios. Ellos le sugirieron que llamara a un hada. De inmediato mandaron a buscar a Lilibeth, la más conocida de la comarca. Ella, sin extraños artefactos, sentenció:

—Si él es el escogido, debe poseer algo que lo pruebe.

—Aquí tengo una piedra con una inscripción que dice: “Él es el escogido”.

Por toda la corte se escucharon murmullos.

—Calma, esto no termina aquí, debemos asegurarnos —se pronunció el rey.

Con la seguridad de que no lo lograría, el rey Octavio le explicó sobre las tres pruebas que debía rebasar.

—Para limpiar cualquier residuo de maldad debes comer de las flores que come un unicornio. Luego, traerás la cabeza de una bruja, así mostrarás tu lealtad al reino y tu valentía. Por último, entrarás al estómago del gigante que vive en una de las montañas y extraerás un anillo que él le robó a mi señora.

Las primeras dos partes pudo superarlas sin problemas, o al menos, no hubo oposición de la corte a sus explicaciones, pero al llegar a la recta final, se le hizo difícil completar la hazaña. Esperó a que el gigante durmiera para subir a

la cueva sin ser detectado. Se metió por la enorme boca que parecía una caverna tenebrosa. Un olor a alcantarillado lo dejó sin aire al entrar al estómago. El candidato aguantó la respiración y se sumergió en las aguas tóxicas para encontrar lo estipulado. Al obtener el anillo, un torbellino hizo que diera vueltas y terminó en una letrina. El caballero retornó con un olor fétido. Le dijeron que debía regresar en cinco días, o cuando lograra eliminar de su cuerpo la pestilencia. Cumplido el plazo, se le otorgó la mano de la princesa.

A la semana comenzaron los preparativos para el casamiento. La luna de miel sería en un castillo lujoso donde tendrían una estadía de un mes. La princesa Adel no sospechó quién en realidad era él, lo veía como la pareja ideal, solo eso. Se deleitaba admirando sus curvas masculinas, los brazos prominentes, los hombros definidos alineados a la perfección con el horizonte y los abdominales que parecían las rocas de una cascada. A la hora del coito, la complació como si ella fuera una reina. Al culminar los días fantasiosos, partieron hacia la región de los Princifeos. Él le susurró al oído:

—Iremos a mi casucha, digo, castillo. Será ahí donde me complacerás como debe ser.

De momento ella no entendió lo que significaban sus palabras. Salieron del reino entre los vítores del pueblo. Al rebasar la frontera y acercarse a los dominios del príncipe, un manto negro salió de la espalda de su “amado”. En ese momento, a él le creció el bigote de forma descontrolada. Los ojos le adquirieron una expresión siniestra y la piel del rostro se le tornó de un tono verduzco. Le mostró lo que sería su nuevo hogar. La residencia tenía agujeros en el techo y una puerta remendada con tablas viejas. De inmediato se percató de que los sillones tenían polvo y la cocina se filtraba. Unas ratas grises corrían por los pasillos. Entonces le dijo en tono de burla:

—Bienvenida a nuestro castillo azul. Desde hoy, seré dueño de tu voluntad. Vivirás para servirme. También será mi sierva tu odiosa madrina mutilada.

La nefasta cadena de eventos sucedió hace varios meses. Con el tiempo el sueño de la doncella se ha deteriorado, las uñas se le han tornado oscuras, el pelo se le ha vuelto blanco, tiene la piel pálida y unas ojeras espantosas le adornan el rostro. Su rutina diaria incluye ser espectadora de las borracheras de su “príncipe”. Ahora proliferan los abusos.

—¡Se quemaron las lentejas!

Le hala el cabello, la sacude. Ella grita, pero él no la suelta hasta hacerle jurar que jamás volverá a descuidar la comida. Por la mente de la mujer pasan

ideas de degollarlo cuando se acueste a dormir. A veces desea envenenarle la comida.

Al día siguiente, ya sin fuerzas, deja caer un plato. Esta vez siente que no soporta la combinación de los insultos y el olor a licor. De pronto el príncipe comienza a darle unas bofetadas y cierra los puños para darle con más fuerza. Después de la avalancha de agresiones, ella se mira en el espejo, tiene un labio roto y un ojo hinchado. Sabe que por la noche él la tomará por la fuerza y que se quedará dormido después de no lograr una buena erección. En efecto, todo sucede como lo pensó.

En la mañana el príncipe Devuan le informa que se irá de viaje por tres días. Al despedirse le recuerda las reglas de la casa. Le explica que no debe entrar a la habitación donde está el cofre plateado. Le advierte con solemnidad:

—Salgo de viaje, si intentas abrir el lugar donde se encuentran tus viejas pertenencias, te mataré.

A ella le parece extraño el viaje repentino, pero no hace preguntas innecesarias. El primer día no piensa en las prohibiciones, opta por limpiar el hogar. Al pasar por la habitación nota una grieta en la pared, pero no le presta atención. Luego decide salir hasta la vereda principal para despejarse. Observa un extraño árbol seco en el medio del jardín. Regresa a la casa.

Cerca de las tres de la mañana, escucha unos gemidos espeluznantes. Ve unas sombras que desaparecen al llegar a la pared con la hendidura. Quiere averiguar de dónde provienen. Ella se acerca con precaución. Al observar, por un pequeño orificio, ve a un señor en el cuarto parado cerca de la chimenea. Saca un libro del librero y revela un objeto. La figura se desvanece. Entonces, un cofre brillante resplandece sobre la cama. Ella dice: “No debo abrirlo”.

Los ruidos continúan. Piensa que no puede ser su marido ya que todavía le quedan dos días para regresar. La mujer se esconde en un armario. Un hombre con una túnica negra merodea por los predios. Nunca lo había visto. No se percata de que ella está en la habitación. Adel se asoma por una rendija y se percata de que se parece a su esposo. En ese momento sabe que debe correr hacia su cuarto.

Unos deseos de ser libre la atormentan. Quiere recuperar las pertenencias que él le ha arrebatado. Ha pensado buscarlas para intentar disolver el hechizo, pero el miedo al extraño en la habitación no la deja registrar el lugar. Piensa en cómo puede solucionar la situación. Recuerda las palabras que su hada le repetía: “Un hechicero se puede rastrear a través de un instrumento

mágico”. De pronto ella no sabía a qué se refería, pero después de unas semanas lo descubre.

El príncipe Devuan le había mostrado una brújula en la que se pueden ver sus pasos. Le explicó superficialmente cómo funcionaba. Ella no sabe el paradero del artefacto. En un descuido del hombre guardián, va al ropero, encuentra distintos trajes con nombres de lo que parecían haber sido las esposas anteriores. Mueve un zapato y lentamente se abre una puerta. Dentro del compartimiento encuentra zapatillas blancas, coronas con iniciales, disfraces y una colección de pelucas rubias.

Al fondo del ropero, tropieza con un baúl enchapado en plata de ley que brilla en la oscuridad. Se topa con la brújula. En ella puede ver los pasos de su “amado” quien camina en las cercanías. Al lado hay un libro sobre un podio. Al abrirlo, se da cuenta de que es un diario en el que el príncipe devela las formas con las que ha logrado controlar a sus esposas anteriores. El rufián determina lo que hace que ellas se sientan bien, para luego destruirlo y así dominar su voluntad.

*A princesa Bella le oculté la sonrisa tras un velo.*

*A princesa Nieve le quité las ganas de bailar cantándole una canción con un conjuro.*

*A princesa Tangel le he cortado las uñas largas porque eran su mayor orgullo.*

*A princesa Barbel le he tapado los ojos azules para que se sienta perdida.*

Lee en la última página lo siguiente: “Es fácil mantener a una princesa en cautiverio, solo juegas con su mente”.

Adel cierra el diario con rabia después de haber descubierto que el príncipe Devuan la ha manipulado a su antojo mezclando el control mental y la magia. Luego de buscar en distintos baúles, no encuentra el hechizo que la liberará.

Ojea sus escritos una vez más, un dibujo enseña unos círculos con números y da énfasis a cómo atrapa a sus víctimas. Es un cofre donde simula esconder las pertenencias de las mujeres, un convertidor de energía. Una vez se posesiona de sus dotes las convierte en sombras. Ella se frustra, no sabe dónde está la guarida secreta de su esposo.

Por la noche escucha gemidos lastimeros. Ve a una mujer sin párpados. Esta le hace señas para que la siga. Ella pasa a través de la pared donde está la hendidura. Los llantos se desvanecen en esa parte del hogar. La noche siguiente ve una mujer con un velo que intenta sonreírle, pero también

desaparece. Dos días después, pasa una dama muy blanca. En las manos lleva un violín sin cuerdas. Una vieja tonada sale del instrumento. Es una canción milenaria:

*Seductor de mentiras construidas  
entre falsedades, sombras y espejismos.  
La verdadera llave es el reflejo de la vida.*

No puede descansar porque está perturbada por los fantasmas que parecen saetas escurridizas. La última mujer que vio se pasea en el comedor con los dedos vendados. Le parece ver a otras cuatro mujeres a la misma vez. Nota que sus vestidos son de princesas. Ellas van a donde se encuentra la hendidura en la pared. Dibujan una puerta en el muro de mármol; sirve para llegar a un jardín secreto lleno de plantas silvestres, un lago con un puente de cristal y unos cuervos negros que emiten un chillido perturbador. A lo lejos ve un árbol podrido idéntico al que está en el jardín. Se acerca. Tiene una puerta en el tronco. Ve cómo una de las sombras abre la entrada y devela un armario en el que están atrapadas varias mujeres. Están acomodadas en diferentes anaqueles y aprisionadas en unas esferas cristalinas. Hay un diario en el podio con anotaciones importantes, este contiene la lista de las mujeres que ha encerrado. Después de estudiarlo, concluye que el mago es un coleccionista de almas y su magia se alimenta del interior de las mujeres secuestradas. Encuentra a su madrina encadenada. Ella le suplica que las libere a todas. Con fuerza derriba las pertenencias del hechicero. Un color brillante entre las maderas cautiva la atención de la princesa. ¡Por fin encuentra sus posesiones!

Libera a su madrina. Más tarde, Adel se corta el cabello hasta los hombros. Frente al espejo se pinta los labios, cambia el color de sus uñas a azul, perfila sus cejas y se peina. Su vestido brilla. Ha recobrado lo que él le robó. Al lado izquierdo se encuentra Lilibeth.

Regresa su marido con su habitual sonrisa burlona. El hada se desliza por el hogar, vuela sin ningún problema. La princesa agarra la bola de cristal que encontró al frente del balcón:

—No hay mejor conjuro que aprender de los errores. Tu magia moribunda ha llegado a su fin.

—Tenías que curiosear entre mis pertenencias. Tu muerte es inevitable —la sujeta por el cuello.

—Eso piensas por creerte tus cuentos de fantasías, pero este no es mi final —se logra zafar.

Desesperado, el hombre saca un cuchillo. Para defenderse ella toma su

esfera de cristal y le da fuerte en la cabeza. Él se fragmenta, así de fácil le pone fin a su pesadilla.

Tiempo después, junto a su madrina, Adel derrumba la casa y solo deja el árbol donde el mago había coleccionado a las mujeres. Debajo de ese lugar, cava una tumba para el que fue su esposo. Los restos provocan un acelerado crecimiento en el árbol. El árbol luce deslumbrante. El viento lo peina y provoca que sus hojas mágicas se deslicen por uno de los cinco horizontes del reino. Las hojas vuelan por los cielos. Se convierten en partículas brillantes y regresan a su destino. En la noche, el árbol alumbra como el oro conmemorando la metamorfosis de la libertad.



# Finofantasié

Confeccionaba en su habitación una figura importante para su colección de príncipes y princesas. En un envase plástico añadía el yeso para diluirlo con agua, luego usaba aceite para preparar el molde donde nacería su personaje. Para eliminar las imperfecciones, movía con sutileza el troquel. Con el suave movimiento le quitaba las burbujas a la mezcla. Instantes después, nacía la imagen de una princesa delgada, con pelo negro brillante, traje blanco y zapatillas azules. Entonces miró a los demás que había diseñado. En un lado tenía enanitos, príncipes y princesas clasificados por ropa, tamaños, nombres, día de creación y villas de origen. Los acomodó mirando hacia el horizonte. Con el tiempo, las creaciones de yeso fueron su escape de la realidad y la rutina. Podían pasar largos periodos sin percatarse del tiempo. Quería crear un mundo donde las imperfecciones no existieran.

Una tarde se le acabaron los materiales, pensó en salir a buscar más. Por primera vez en muchos meses se miró en el espejo y notó cómo el acné había invadido su cara. Para colmo, la sombra negra de su barba y el sobrepeso la seguían como una pesadilla. No le gustaban su melena rebelde, sus ojos grandes, su piel trigueña, sus caderas exageradamente voluptuosas, su barriga caída ni mucho menos sus labios carnosos. Sus manos comenzaron a temblar, sentía rabia al saber que no podía ser como las princesas en los cuentos del libro Isdneí. Se peinó mientras se reprochaba el que no aparecía su "príncipe azul". Optó por arreglar los vestidos de sus creaciones. Ruspel se tranquilizaba al adornar a sus muñecos. Tenía una casita en la mesa a la izquierda de la cama donde vivían sus creaciones. Al menos ellos tenían la vida que ella quería tener.

Una tarde decidió buscar en la botica una manera para convertirse en una reina. Al ver la hora, se percató de que debía salir lo antes posible. De pronto su deseo se había convertido en una urgencia. Intentó ponerse un vestido especial, pero no le cerró. Sentía que le sobraba cuerpo. Deseó eliminar por completo sus imperfecciones. Odiaba la insípida tonalidad de su piel y la falta de armonía en sus facciones. Para ella mirarse al espejo era un suplicio. Regresó a su refugio cansada de no encontrar una solución.

Al pasar el tiempo, en lugar de adelgazar, aumentó varios kilos. Por debajo de su nariz comenzaron a brotarle vellos indiscretos y perturbadores, mientras

que las hormonas hacían que su barba se volviera más gruesa e indomable. Compró las cremas más efectivas para eliminar su bigote sus intentos no tuvieron éxito. Reconoció que a sus treinta y tres años no tenía un pretendiente de quien enamorarse.

Desde pequeña se había refugiado en elucubraciones en las que se visualizaba como una doncella hermosa. El acoso al que fue sometida durante sus estudios le lastimó la autoestima. Fueron años fuertes. De su clase era la de más grandes proporciones. Sus compañeros se mofaban de ella. En contrapunto, y para aumentar la presión, sus padres le leyeron los cuentos del libro *Isdneí*, las cuales provocaron cierta adicción con las historias con finales rosas.

En la escuela no atendía a los maestros ni le importaba ninguna de las materias. En su libreta dibujaba caballos, hadas y nobles jinetes para crear historias. Sus pasatiempos favoritos eran ver televisión, comer, montar cuentos con pequeños muñecos y huir de su realidad.

Ruspel no tenía amigas y las muchachas más delgadas siempre la trataron mal. Nunca pudo olvidar los ecos del pasado.

—Mira por dónde caminas, bola de sebo, porque eso es lo que eres. No sirves para nada. Gente como tú son una aberración.

Ruspel se aferró a las historias que inventaba que eran la fuente de inspiración para sus personajes de yeso, pero también eran su escape. La adolescencia trajo cambios a su fisonomía. Le pusieron como apodo “Bigotina Tomatina” por su incipiente bigote y su tendencia a ponerse roja por sus múltiples alergias.

Recordó a su primer amor: José Antonio, quién salió con ella para tener un tema gracioso de conversación que provocara las risas de sus amigos de bebelatas. *Salir con una fea será mi reto. Al final, en la oscuridad todas son iguales.* Al principio la pareja parecía que compartía similitudes, pero esto fue hasta que él obtuvo lo que quería de ella. Después no volvió a contestar ninguno de sus recados. La olvidó como quien olvida un sombrero que no quiere. Junto con el desamor, se apiñaron los sobrenombres, la falta de amistades y la desilusión.

Un día mientras ojeaba el periódico, leyó un anuncio: “El Dr. Ontropodous te convertirá en la princesa de tus sueños. No hay trucos, llámenos para una cita. Serás más bella que ninguna”.

Como sabía que esas consultas eran muy onerosas, decidió vender en el mercado sus muñecos de yeso. Al día siguiente, caminaba al consultorio. En el

vestíbulo le prestó atención a un comercial que se proyectaba en el televisor de la sala de espera: “¿Estás cansada de vivir atrapada en un cuerpo que no es el tuyo? ¿Has sido víctima de insultos, ataques personales y miradas frívolas de desprecio? ¡No esperes más! Nuestra clínica se especializa en hacer tus sueños realidad, porque si eres una princesa auténtica, estaremos alegres. No pierdas tiempo y decide tu destino”.

Se fijó cómo una paciente salía por la puerta con una sonrisa de felicidad. Era una mujer pelirroja, con ojos verdes, tez clara y definitivamente, estilizada. Agarraba al doctor por las manos, mientras le daba las gracias. “Hemos trabajado contigo desde hace un año. ¿Recuerdas cuando llegaste aquí con aquella pansa de oso?” Ruspel no podía dejar de escucharlos. De súbito envidiaba a la desconocida. Después de despedir a la mujer, el doctor se le acercó y le preguntó:

—¿En qué la puedo ayudar?

—Quiero ser bella...

—Tardaré un poco en tu caso, querida.

—¿No podrá agilizar los arreglos?

Él no contestó. Se limitó a dirigirla hasta la oficina. Quedó algo perpleja cuando tuvo que desnudarse. La desnudez era la evidencia inequívoca de que era un espanto. Fue incómodo, aunque se tranquilizó pensando en los resultados. Deseaba lucir bella lo antes posible, en ese momento no escatimó en las consecuencias. Era como si de pronto solo emergiera en ella la imperiosa necesidad de ser otra. Sintió las manos frías del galeno. El especialista dio una media sonrisa, alegó que la masa corporal de Ruspel era demasiada. Cuando le tomó las medidas de la cintura, apenas pudo ver los números en la cinta. En el centro del cuarto había una maqueta de una ciudad medieval con un letrero que leía: Anandell. Mientras ellos hablaron, Ruspel se entretuvo con las figuras que habían sobrevivido a la venta y que cargaba en un bolso de terciopelo. Para su sorpresa, observó que el doctor había comprado parte de sus muñecos. Por un momento creyó que había visto uno moverse.

—Oiga, señorita, necesito su atención. Debo asegurarme de que entiende el proceso. Con los químicos negros, rojos y verdes podré acelerar su transformación. Solo debe firmar unos papeles, pero le advierto que debe leer bien todas las cláusulas. Hay unas partes muy importantes que estipulan que, si no cuida bien su cuerpo luego de la operación, este será nuestro.

Ella firmó los papeles sin fijarse en las letras pequeñas. No le importó lo

que pasaría más adelante. Añoraba poseer el pelo lacio, los senos firmes, la nariz perfecta y las orejas más pequeñas. Validó los acuerdos para ser atendida de emergencia en la mañana.

Al otro día el doctor esterilizaba el artefacto con el que le sacaría los vellos indeseables. Le enseñaba las maquinarias con las cuales trabajarían. Había una silla con agujas en el medio y en la parte de atrás unas mangas con los mismos colores de los líquidos. Unas palabras resaltaron en un tanque: "Bella limpieza". El último conducto se conectaba a una ciudad en miniatura. El asiento se movía hacia atrás. Poco después puso a la paciente en una cápsula cilíndrica. El operador apretó los botones. Salieron unas hojas metálicas. Ella se asustó. Él habló por el micrófono:

—¿Estás lista? Esto es como venderle el alma al Diablo. Tendrás tus deseos, pero a un alto costo.

No pensó en la advertencia, se sintió emocionada porque al fin cambiaría la apariencia que tanto sufrimiento le había causado. Por debajo del asiento había una sustancia blanca que le dio curiosidad. El doctor le explicó que era el componente que se usaba para extirpar la grasa indeseable: solo un compuesto polar puede sacar el tejido adiposo. Una vez se inyectaren las sustancias químicas, las células comerían los excesos y se le aceleraría el metabolismo. De los lados salieron unas correas con las que la amarraron fuertemente. Entonces le inyectaron un líquido que quemó sus entrañas. Los cinco sentidos se le agudizaron. Ella quedó como una estatua de barro. Un cepillo y unas hojas de metal le arreglaban sus defectos como si fuera un escultor renacentista. Al mismo tiempo coloreaban sus zonas destruidas con pintura del tono de su piel. El artefacto la maquilló con cuidado, afinó sus curvas y le dio los últimos retoques, mientras ella se desmayaba.

Despertó del sopor, abrió los ojos, deseaba verse en el espejo. Observó su pelo corto, el traje azul con franjas blancas, sus mejillas rosadas, tan llenas de vida, y sus ojos azules. Se percató de que su piel no tenía un color homogéneo.

—No hemos terminado, por ahora solo saldrás en la noche porque el calor puede deformar los arreglos. Debes ser fiel a estas indicaciones... Te presentaremos en Anandell.

—¿Dónde?

—En el destino ideal para el debut de las princesas como tú. Ahí es donde perteneces. Cuando regreses te daremos un retoque de pintura.

—Disculpe, no entiendo.

—Has sido escogida para ser parte de un gran evento de promoción.

La mujer trataba de caminar con soltura, aunque no sabía hacerlo. Observó su reflejo en el espejo. La blancura de sus dientes la hacía sentirse hermosa: definitivamente otra. No aguantó la emoción y decidió salir a divertirse, aunque el doctor había sido enfático en que esperara unos días. Se puso una minifalda roja. Usó maquillaje de colores brillantes, peinó su cabello y se fue a una fiesta nocturna. Los hombres la miraron con lujuria, eso le fascinó. Notó la diferencia al tomar asiento en el área de la barra. Varios caballeros le preguntaron si deseaba un trago. No sabía qué hacer. Todavía llevaba en los submundos de la mente a la mujer fea que había sido. Miró a su alrededor, muchos bailaban mientras otros socializaban, pero las instalaciones no tenían buena ventilación y las luces potentes hacían el lugar caluroso.

Conversó con un hombre alto, de pelo largo y tez blanca. Él le hablaba de lo que hizo durante el día y su rutina le pareció tierna. Tenía un perro, le gustaba la meditación, hacía servicio comunitario. En un comienzo no aceptó el trago que le ofreció el extraño, pero después de su insistencia, cedió. Quería vivir la vida sin preocupaciones. Por unos instantes creyó poseerlo todo. Pasaban por su cabeza las advertencias de Ontropodous: “No debes maltratar tu cuerpo con una temperatura excesiva. Ingiere mucha agua. Esa piel es muy sensible, puede estropearse”.

Decidió irse con el desconocido a un lugar privado. Sentía que su cabeza daba vueltas. Llegaron al condominio donde él vivía. Ella no sabía cómo besar a un hombre y qué debía hacer, así que dejó que él tomara el control. Entre el tintineo de los brindis, rieron. De pronto hubo un silencio, se miraron y sin que mediaran palabras, se besaron. Esteban, su príncipe, le acariciaba los senos. Aunque aceptó, sentía que algo raro ocurría en su cuerpo. El susurro de las respiraciones agitadas se rompió cuando se escuchó un clic. Al besarse, unos pedazos de sus labios quedaron incrustados en la boca del hombre. Gritó espantada. Se levantó y dio un traspié. Se apoyó en una silla. El brazo derecho se le había dislocado.

Por el piso caían pedazos de su cuerpo. Cuando intentó retroceder, una de sus orejas rodó por la alfombra persa. Salió apresurada. El ojo derecho se le rompió en pedazos. De regreso, sus piernas le flaquearon. La nariz le colgaba por debajo de la barbilla. Le aparecieron orificios en los cachetes por los que se le podían ver los dientes. Ella intentaba desesperadamente evitar que la piel siguiera desprendiéndosele. En la desesperación se le ocurrió llamar al consultorio. Para su sorpresa, el cirujano contestó, aunque era de madrugada. Al escucharla le dijo:

—No cumpliste con el contrato. En la sección dos dice: “Los cuerpos una vez son rediseñados son propiedad nuestra. Si la persona por negligencia pone en riesgo el tratamiento, el cuerpo será removido a otro lugar”.

Ruspel no se podía mover, parecía un rompecabezas alborotado. Al poco rato, llegó una ambulancia. Recogieron las partes y la llevaron a la sala de operaciones. Un aire tenebroso recorrió el quirófano. Aturdida observó a lo lejos la colección de princesas. Escuchó unas palabras antes de comenzar los procedimientos: “Mañana llegará la próxima”.

Él reinició el interruptor para la nueva operación. Ella sintió cómo su cuerpo se le iba derritiendo junto con sus sueños. Después comenzó a perder el sentido. El doctor, con impasibilidad, buscó un molde nuevo y derramó en él la amalgama en la que se había transformado la aspirante a princesa.

# Bonachona

Los recuerdos se aglomeran mientras estoy en el suelo de este bar. No sé si deliro, solo pienso en que de pequeña un brillo me diferenciaba de las demás. Ese fue el regalo escogido por mi hada madrina. Sin embargo, a las demás princesas les concedió belleza física que les ha asegurado un destino maravilloso. Estas circunstancias provocaron un desbalance en mi personalidad. No la maldigo porque me hizo distinta a las otras. Mientras muchas se arreglan para los eventos importantes, a mí me gusta vestirme sin que la ropa se me pegue, romper las reglas, salir sin permiso y ausentarme de las actividades oficiales. Les he hecho pasar muchas vergüenzas a mis progenitores. Nadie quiere confraternizar conmigo porque me resisto a caminar como una de esas princesas que parecen pavos reales y buscan al “príncipe ideal”: esos individuos que presentan una imagen de caballeros como la que podemos ver en los hombres de los libros de caballería.

A veces siento que el pasado juega a aparecérseme constantemente como en este momento en el que estoy en una tasca donde se venden las bebidas alcohólicas más fuertes. No recuerdo qué me pasó. Mi nombre es Nieve, tengo un fuerte dolor en la cabeza, malestar estomacal y siento la garganta seca. Trato de moverme, no puedo levantarme. Arreglo mi cabello porque está sucio y pegajoso. Parece como si me hubiera azotado una tormenta. Sacudo los residuos de arroz y trozos de carne en mi ropa. Mi aliento saturado de alcohol quema mis labios. Tengo llagas infectadas. Por unos minutos descanso y olvido mis problemas.

Despierto de mi letargo, intento sacar el vómito seco de mis mejillas. Me levanto. El pueblo de Anandell no quiere reconocerme como princesa, eso no me molesta. Me llaman “Bonachona”. Este apodo lo acuñaron en la corte para burlarse de mí.

Voy a llegar tarde a la cita. Mis padres han exigido mi presencia. No me importan las consecuencias de mi tardanza. Para ellos mi falta de puntualidad es solo uno de mis incontables desajustes. Cuando se es distinta, los defectos sobresalen.

Pocos minutos después, zigzagueo, intento buscar el balance. Observo por los alrededores a ver si encuentro agua para lavarme la cara. Caigo de nuevo y siento el sabor de la tierra. Logro reincorporarme. Veo un establo para

caballos, me enjuago el rostro con el agua de los equinos. Hago gárgaras. Mojo mi cabello y me dirijo a la reunión. Debo apresurarme, sino escucharé las cantaletas de mis progenitores: “Nieve, estás tarde como siempre. ¿Cuándo vas a madurar? Este será tu reino, debes respetarlo. Estamos preocupados. Hemos visto tu mal comportamiento en las fiestas. Nuestros invitados vendrán para finalizar unos negocios. Debes permanecer sobria hasta que se firmen los nuevos estatutos”.

Desde luego que conozco la palabra sobriedad, la he tratado de integrar a mi vida en muchas ocasiones, pero sucumbo cada vez que quiero cambiar. Para mí cambiar es desollarme, desmembrarme poco a poco.

Unos hombres intentan burlarse de mi estado. Les hago una mueca y saco mi lengua deshidratada. Tomo aire para aplacar la cólera, es mejor ignorarlos. El pasado recurre a mi mente en pequeños y constantes sorbos. Me sobreviene el recuerdo de la celebración que sucedió hace unos días.

A mis padres se les ocurrió encerrarme en un calabozo por comer con la boca abierta, hablar estridentemente y hacer alboroto, ya que la gente se pone nerviosa con mi presencia. Sin embargo, a mí los aristócratas me disgustan porque bailan con destreza, ríen con mesura, se comportan como los mejores amigos, y al culminar la fiesta, se convierten en enemigos férreos. En realidad, los detesto, han tratado de cambiarme desde que era una niña. Tenía que vestirme con un corsé ajustado y hablar en un tono que no es el mío. Por un tiempo fingir fue la solución perfecta. Mis problemas empezaron porque no sabía controlar mi don, porque, literalmente, de mi piel podía emanar luz cuando se me antojaba. A veces esto me frustraba. Siempre, al recibir a los invitados, usaba la belleza lumínica para estar a la par con los de alta alcurnia. Aunque nunca me gustó emitir luz, en realidad era un artificio inútil.

Al principio podía controlar el “talento”, pero eso cambió por mi rebeldía o, mejor dicho, por haberme refugiado en la bebida. Mis padres querían que fuera una de las princesas más hermosas y mis deseos eran otros. Lilibeth también me quería cambiar; sus palabras fueron precisas. Al cumplir los veinte años debía demostrar que podía ser reina. El brillo sería la opción más fácil para impresionar, para sobresalir, para ser mejor que las otras. Desde pequeña el ser mágico sabía cuál sería mi rumbo. Me dio a tomar un elixir para que aprendiera a controlar mi talento; pero el elixir tenía alcohol entre sus ingredientes. Sí, el alcohol que ahora me subyuga.

Lo más difícil fue adaptarme al roce con las otras princesas en la escuela para doncellas; porque una con quien yo había tenido una trifulca, se encargó



de esparcir saña en mi contra. Claro, frente a mis padres se hacía la víctima, se tiraba en el suelo, lloraban, decían que se desmayaba y pedía con urgencia sales de Francia. Yo la miraba mientras me preguntaba si la belleza y la falsedad venían tomadas de la mano.

Mis padres prefieren no creer en la profecía de que, en efecto, algún día reinaré. Ellos indican que no estoy capacitada para sustentar un cargo en la realeza. Pues claro, en Anandell nunca ha dirigido una princesa fea. Ante la posibilidad, buscaron diferentes medios para convertirme en alguien dócil y manipulable, irrealmente bella. Desde entonces, ellos observan cómo me comporto y piensan que nunca llegaré a la meta. No sé si es más tonto creer en ellos o no creer en mí.

Fue entonces que desarrollé este estilo burdo que solo ha causado malestar y repulsión. Quizá me transformé en esto que soy porque nunca pude estar a la altura de lo que ellos querían, así que me sumí en la bebida y dejé de brillar. De esta forma sepulté la única posibilidad que tenía de llegar al trono.

Como ejemplo de mi "estilo", recuerdo una fiesta que se celebró hace un año. Esa noche "olvidé" cómo debía comportarme en público. Hice tantas atrocidades una detrás de la otra, que minutos después, las quejas llegaron a mis padres.

Como medida para evitar que se repitiera mis desatinos, contrataron a una mujer para suplantarme en los eventos más importantes. La maquillaban, le ponían un antifaz y la hacían pasar por mí. Yo permanecía encerrada, mientras todos se creían el engaño.

Pero el engaño tenía sus límites y un día necesitaron que se pudiera ver mi rostro. La otra no servía, de lejos quizás, pero de cerca no nos parecíamos. Mis padres desglosaron los requisitos para una celebración a la que debía vestirme bien, estar sobria, caminar elegantemente, comer con delicadeza y tratar a los invitados con cortesía. Me lo han pedido como un último favor especial. Ellos saben que mi brillo mágico se ha deteriorado. Tengo manchas en la piel, acné, mi dentadura está amarillenta. No me he afeitado las piernas desde hace tres años. Una peste presagia mi llegada. Eso soy ahora, una alcohólica que, poco a poco, gota a gota, perdió el hermoso regalo de emanar luz; una princesa opaca, sin clase, sin modales. Una mujer que usa la fealdad como escudo: el bochorno de la corona.

En un aparente esfuerzo desesperado, a nuestro palacete llega una extraña. A quién no deseo dirigirle la palabra. Es una experta en conducta y en vestimenta. Su nombre es Viaget. La contratan para arreglar mis "vicios". No

me sorprende, todos piensan que estoy enferma.

Se horroriza al verme. Luego de escuchar sus instrucciones, me percató que ella no solo modificará mis modales, sino que también me diseñará un guardarropa nuevo. Saca una tijera enorme, corta mi ropa. A Viget se le hace difícil separarme de mis trapos sucios porque los vellos se han pegado en mi traje. Así somos las princesas erosionadas por los estatutos tontos y los protocolos vacíos.

—¡Aprende a expresarte bien, Nieve! ¡No seas insolente! Estoy aquí con la intención de solucionar tu adicción. Es absurdo que no sepas vestirme como una doncella. Debes proyectarte bien. Tienes que dejar de beber —me dice mientras me da un latigazo.

Han escondido todas las botellas. Tengo escoltas que evitan que me acerque al líquido nefasto. Quiero darme una oportunidad, pero me comienza un picor en la garganta, dolor estomacal y siento poca estabilidad en las piernas. Tengo deseos de tomar, no quiero caer en la perdición de mis tentaciones, esas que encienden el infierno de mi mala conducta. Escucho la advertencia de mis padres:

—Si bebes y nos haces pasar una vergüenza, despídete de este reino. Buscaremos a alguien que te sustituya. Haremos una tómbola gigantesca y escogeremos a una princesa, la que sea, para que haga tu trabajo. Y a ti te mandaremos a una isla lejana donde nadie pueda verte. Estarás sola, abandonada, sin nadie, sin nada.

Las advertencias solo perturban la concentración que necesito para completar lo que me han dicho anteriormente.

Los días pasan, decidieron cortarme el cabello, pintarme las uñas y maquillarme, ahora camino como una doncella. Llevo tres meses sin tocar ni una gota de aguardiente. Mis padres harán una fiesta importante en dos días y firmarán un tratado donde el pueblo más cercano trabajará en las minas de oro. Tengo fiebre. Me llaman para que me reporte.

Camino despacio por los pasillos, voy al salón principal donde la corte se aburre. Hago una entrada triunfal. Observan maravillados mi cambio radical. Mi nueva imagen no es tan impresionante como el brillo, pero... Llevo guantes blancos, una peluca rubia, un vestido azul brillante bordado con los mejores diamantes. El semblante se me ha rejuvenecido. No me siento cómoda, pero me tranquilizo repitiéndome que es solo por unas cuantas horas. Al dirigirme a mis progenitores, muestro educación y prudencia. Recibiré a los invitados. No me gusta interactuar con los comensales. Todo se limita a mi lucha interna

entre sonreír o abofetear. Llegan más personas. Una señora con un sombrero blanco y collar de perlas doradas le comenta a su acompañante:

—Esa es la hija del rey, la loca, la borracha... Veremos a ver cuánto dura su transformación.

Un sudor fuerte me corona la frente junto con una sed insaciable que mi mente insiste saciar con ron. Ahora siento escalofríos por los efectos de la ansiedad que produce no poder beber. Quiero olvidarme de la tentación, agarro a un caballero para bailar. En el interludio mis piernas flaquean. No resisto el dolor de estómago, ya pronto firmarán los tratados, aplaudiremos, daremos vítores y continuaremos con la celebración. Trato de tranquilizarme porque no quiero romper las instrucciones de mis padres. De pronto anuncian un brindis en el que se fusionarán los aranceles de dos reinos importantes que ahora se convertirán en un solo imperio para matar y saquear a otros reinos más débiles.

La música suena: comienza el baile enmascarado. Tengo un antifaz blanco con diamantes y zafiros. Por los alrededores observo a una persona con media máscara negra. Me parece conocida. Hace unos movimientos con las manos por el centro del salón, parece que se esconde entre los invitados. Las risas y la música se escuchan distorsionadas. Los deseos de tomar alcohol revolucionan mi mente. Sé que el ente enmascarado es una mujer. Ella se acerca donde estoy. Rodea mi cintura, bailamos pegadas, escucho sus palabras mientras siento que volamos por el aire. La mujer me lleva a una esquina donde un reloj gigantesco marca los minutos y muestra el momento exacto cuándo se firmarán los acuerdos entre los reinos.

Cambio mi tono de voz, hago gestos como si hablara con una persona real. La silueta se ríe a carcajadas y me advierte:

—Serás lo que no debes, o tan solo serás. Esto te abrirá puertas en tu reinado. Pronto seremos una —veo cómo desaparece entre la gente.

Suena el reloj, son apenas las seis de la tarde, escucho la voz: “Ahora puedes hacer lo que quieras”.

Culmina el baile y todavía persiste mi dolor estomacal. En un par de minutos estoy lista para caer en el vicio. Las voces se alejan, todo da vueltas. Las risas aumentan entre los ricos, me parece ver acosarme a la mujer con quien bailaba. Provocar que se rían de mí. No soporto más. Suena el reloj una vez más, son las doce. Ella me llama, tiene una botella de licor, quiero ir a su lado, aunque tengo miedo. Camina por las diferentes columnas coloridas. Saca su máscara despacio, corro detrás de ella. Al llegar, observo su cara mutilada,

su cuerpo deforme, sus labios rotos y la cabeza cabizbaja. Me mira. Descubro con terror que soy yo.

—Tu rebeldía no te llevará a ningún lado. De todas formas, serás destituida, solo dime que me aceptas y seremos una. Este siempre ha sido tu destino, brillar con tu propia esencia.

Levanto la mano y lanzo carcajadas de triunfo.

—Soy yo, siempre seré yo.

Los demás quedan perplejos, un viento tormentoso arrecia el salón. Mientras hablo sola, bailo sin pareja y brillo como nunca he brillado.

# El elixir

Marcos tenía la terrible obsesión de levantarse todos los días para preguntarle a su espejo mágico:

—Belmonte, espejo querido, ¿quién es el hombre más fornido en toda la región?

—Lo siento, hay muchos con más masa corporal que tú —le afirmaba sin titubeos.

—Pero...

—Obsérvate bien, tus mejillas están desinfladas, los huesos de tu rostro sobresalen, y tu esquelética y patética figura, solo provoca lástima —expresó el espejo con cierto tono de hastío.

Las palabras atinaron a la perfección para aumentar la creciente devastación de su ego. Sobre todo, cuando hacía ejercicios extenuantes con la esperanza de obtener una musculatura impresionante. Pero no se amilanó, por el contrario, aumentó la intensidad de sus rutinas para así desarrollar un aspecto de un príncipe. Al culminar varias semanas de ejecutar sesiones dignas de un espartano, no vio resultados. Nada... Había nacido con una deficiencia en las hormonas de crecimiento. No obstante, los reyes insistían en que su hijo representara dignamente su posición social, que fuera imponente, que solo con su presencia infundiera respeto y asombro.

El jovenzuelo admiraba la impactante corpulencia de su padre, quería emularla. Se suponía que, por ser parte de una familia real, tendría el porte y el talante de los otros caballeros.

Sus padres estaban muy ancianos. Sus múltiples dolencias provocaron que, sin hacerlo público, otorgaran la corona antes de lo previsto a su hijo. Les preocupaba que se estuviera esparciendo el rumor de que el príncipe era poco hombre ya que nunca lo habían visto con una mujer. Y él, con tantos fracasos, runruneos y presiones sociales, se convirtió en una mosca perdida en un banquete: insignificante y molesta.

La indignación lo condujo a tomar una decisión: diseñó un cuarto cerca de los calabozos para instalar instrumentos extravagantes y así ejercitarse en secreto. Pasó largas horas entrenando. El suelo se humedecía con las gotas gruesas de su sudor. Diariamente le preguntaba al espejo sobre su progreso. La repetida sentencia lo perturbaba.

—¡Tengo que ser corpulento! Es de la única forma que conseguiré una doncella para sacarme la presión de mis padres.

—En realidad eres un desastre, un fante.

Las palabras del espejo tuvieron su efecto en el rostro del joven. Se miró a sí mismo como era, no como quería ser. Palpó sus brazos escuálidos, su rostro anguloso, su mentón puntiagudo y una lágrima tímida se le asomó en el ojo izquierdo. Entonces tuvo un arrebato de desesperación y con una mezcla de autoridad y desesperación, le exigió al espejo:

—Crea una poción que me haga digno.

—Si quieres una pócima para ser otro ser humano diferente a lo que eres, la haré.

Belmonte le consiguió una agridulce. Él se la tomó muy despacio, sin poder disimular el desagrado que le causaba el sabor. Se bebió hasta la última gota, cubrió el espejo para no desesperarse más de lo debido y esperó con ansiedad los resultados.

Días más tarde, el esperanzado monarca le pidió a Belmonte que le mostrara su silueta. Al observarse en el espejo, solo vio al mismo hombre delgado que lo atormentaba. Entonces se molestó y le exigió una explicación a su espejo. Este trató de tranquilizarlo con razones poco convincentes. Fue entonces que Marcos decidió solucionar su problema por otros medios. Convocó a una reunión a todos los magos y sabios de su reino para demandarles una solución a su problema. Ellos se comprometieron en buscarla. Mientras tanto, él duplicaba sus horas de ejercicios. Por varios días levantó rocas pesadas sin tomar descanso e hizo repeticiones que en realidad no lo ayudaron a llegar a su meta. En la zona del calabozo había otro espejo y al mirarse en él, constató que la horrible segunda opinión confirmaba la de Belmonte.

Después de varias semanas de espera, volvió a reunir a los magos y sabios para conocer las propuestas salvadoras. Al ver que estos se presentaron sin nada, les increpó y los amenazó de muerte. Les ordenó que bajaran inmediatamente al sótano del palacio y que fuera sin demoras, elaboraran la solución a su carencia de musculatura. Ellos bajaron muy nerviosos y comenzaron a hacer mezclas mientras él los interrumpía una y otra vez al entrar y salir del improvisado laboratorio. Al finalizar el término, le aseguraron que habían producido un elixir que transformaría su cuerpo en tan solo una hora.

Marcos cogió la sustancia líquida y se la tomó apresurado. Pasaron sesenta

largos minutos de un letargo extraño: nada. Se miró una y otra vez, en ese instante se percató del engaño del cual había sido objeto. Los magos y sabios habían preparado un remedio provisional para mantenerlo calmado y así poder escapar. Incorporándose airado, mandó a decapitar a cada uno de los embaucadores. Poco después en la plazoleta, un charco rojo se deslizó por los alrededores.

Marcos recurrió a Belmonte —ahora en tono de súplica desesperada— para que encontrara a alguien que pudiera solucionar su situación. Después de pensarlo varias veces, vino a la mente de Belmonte un hechicero muy eficiente cuyo nombre era casi imposible de pronunciar. Supuestamente, él conocía los secretos más ocultos de la nigromancia.

—¡Por favor, búscalo de inmediato! Mis padres me han dado algunos días más para escoger a una pareja, me han amenazado con quitarme las dotes —dijo Marcos con desesperación.

—El Mago de las Arenas del Tiempo, nombre sustituto, murió hace décadas.

—¿Entonces...?

—Buscaré la forma de revivirlo. Déjeme recordarle que llevo siglos atrapado. Solo le pido mi liberación a cambio.

—Primero soluciona mi problema. Entonces hablaremos.

—Era un hechicero poderoso, lo conozco muy bien y te advierto que es muy peligroso hacer tratos con él una vez reviva. Cuando sea resucitado, sus servicios tendrán un precio muy alto. Puede ser truculento y traicionero.

Marcos amenazaba constantemente a su espejo. Si él le fallaba, buscaría un martillo para destruirlo.

—He encontrado una manera para revivirlo. Debes buscar el alma cristalizada de un dragón, con ella haremos un hechizo poderoso y lo resucitaremos.

Sin perder un día, contrató a varios hombres que se encargarían de matar a la bestia. Marcos quería obtener los resultados lo antes posible. Aunque no entendía nada acerca del proceso, no le prestó atención al asunto, pues su único interés era tener un buen cuerpo para casarse y no perder su fortuna.

—Escúchame —le dijo el espejo—. Debes estar muy atento. Pondrás en un caldero los ingredientes muy cerca de mí. He conseguido las palabras exactas para completar el conjuro.

—¿Estás seguro de que no me quieres engañar? —preguntó el príncipe.

—Solo deseo ayudarte, resolver tu problema y obtener mi libertad.

Luego de varios días, Marcos consiguió los ingredientes y comenzaron la elaboración del nuevo elixir. En un caldero de hierro colado, se calentó el agua purificada, la cual adquirió un color verdoso al ponérsele todos los componentes. El espejo le exigió que derramara la amalgama sobre él. Sin preguntar, el príncipe obedeció. Un crujido alarmante, seguido de un silencio, llenó el salón de la alquimia. Belmonte se partió por la mitad. Un polvo blanco cubrió el espejo. Ante los ojos asustados de Marcos, del centro del cristal salió un par de piernas, dos manos y el tronco de un hombre con barba larga.

—¿Eres, el Mago de las Arenas del Tiempo?

—Es evidente. Te daré lo que deseas por liberarme. Beberás este jarabe después de la media noche. Así obtendrás el cuerpo fornido que tanto anhelas. Si cumples con lo estipulado, podrás conseguir a tu princesa y no perderás tu fortuna. Eso sí, recuerda que todo elixir tiene sus efectos secundarios si se toma en exceso o no se usa adecuadamente.

Le arrebató la sustancia sin medir cuáles serían las consecuencias ni verificar la hora. Bebió un sorbo, su sabor era amargo. Minutos más tarde, su pecho le creció y una euforia indomable no lo dejaba tranquilo. Por fin consiguió ver cómo su cuerpo se desarrollaba. Ahora solo le faltaba conseguir a la princesa.

Pocos días después, Marcos comenzó a salir con varias doncellas. Todas eran muy hermosas, pero lo conquistó una princesa de inigualable belleza y cabello color bronce. Decidió casarse con ella de inmediato. Sus padres se sentían muy satisfechos con la elección de su hijo. Cerca de la fecha de la boda, quiso mejorar más su aspecto y volvió al consumo desmedido de la poción. Como resultado del abuso, su cuerpo no tenía proporciones armoniosas. Se miraba en el espejo del cuarto y se hablaba: “No es suficiente, quiero más”. Simultáneamente, se preparaba el casamiento. Todos en el reino se sentían alegres por la festividad.

La boda se realizó y hubo un baile hasta altas horas de la noche. Cuando llevó a su nueva esposa a la alcoba, se preparó para dar comienzo a su “gran acto”: ese que mostraría que era el reservorio de la mayor virilidad y potencia del reino. Al desnudarse emergió ante ella como una montaña de músculos. Ella quedó complacida con la imponentia. Se besaron. Su esposa quería rozarle los pectorales. Sintió que estaba listo. En ese momento, tenía todo lo que había anhelado. La alcoba estaba llena de espejos. Se miró glorioso y único. Se dirigió hacia su amada para penetrarla, pero una impertinente



flacidez se lo impidió.

—¿Qué sucede? Cada vez que intentas hacerme tuya se debilita tu... ¡No puede ser!

Mientras más se excitaba, su “espada demoledora” se encogía y parecía un capullo marchito.

“Soy impotente”, gritó. Esto destruiría su matrimonio. Se sintió poco hombre. Algunos instantes después, y ante los ojos aterrados de ella, se transformó en una masa deforme de la que solo se podían distinguir unos ojos llorosos. Una joroba emergió de su espalda. Al verlo en su nuevo estado, sus padres lo confinaron a un calabozo del que nunca pudo salir. Pensando que lograrían aplacar su desgracia, cubrieron las paredes del lugar con espejos.

## El hado

Olidus intenta aprender nuevos hechizos. Ser uno de los de su especie requiere estar al día con las nuevas tendencias de la magia. Todavía no se ha transformado en hado; está desesperado porque solo es un tipo de ogro que viste una chaqueta marrón. Lleva la barba descuidada. Se le ve con la misma camisa andrajosa y con unos pantalones azules que tuvieron mejores tiempos. Anda descalzo la mayor parte del tiempo. No tiene alas porque, según la Hada Mayor, no ha hecho los encantamientos necesarios que le ayuden a desarrollar las alas. Tiene un fuerte y recurrente picor en la espalda. Aunque es en extremo incómodo, ha aprendido a vivir con él. Todos los días trata de hacer su trabajo que consiste, precisamente, en realizar encantamientos de gran envergadura, pero no los logra. Aunque siempre se equivoca, no deja de intentarlo. Sus desatinos y mala puntería han comenzado a hacerse famosos. Esperanzado, se dirige a resolver un problema de una princesa que no consigue príncipe. Lleva la ilusión de lograr ser certero por primera vez. Una hora después, llega al castillo. Los gobernantes se sorprenden porque sus pasos hacen que el lugar tiemble. El gobernante le da una mirada árida.

—¿Qué es esto? Se supone que las hadas sean mujeres hermosas y pequeñas. Eres enorme, tienes un olor raro y tu semblante está muy desmejorado. ¡Díganme quién ha enviado a este bueno para nada! —se queja el rey.

—Bueno, no lamentarás los resultados, lo aseguro —le especifica Olidus.

—Tu cabeza depende de eso —contesta el rey.

Un nerviosismo lo arropa porque lo que va a hacer conlleva mucha concentración. Las palabras del soberano dan vueltas en su cabeza, sus piernas tiemblan, siente las manos frías. Para colmo, ha perdido su varita mágica dentro de su alforja. Lo presionan para que complete su trabajo lo antes posible. Las hadas cobran 26 siluetes por cada hora de trabajo y los clientes no quieren que se exceda de una hora. Por esa cantidad se espera que hagan bien su labor. Olidus se desespera aún más porque le pagaron por adelantado.

Busca en su saco su instrumento de trabajo. A sus clientes no les agrada la bolsa remendada que él carga porque apesta a perro realengo. Una vez consigue su varita, inicia la magia. Apuntando a la ansiosa princesa, elabora su hechizo.

—¡Hechiterazo!

Pero solo consigue convertir a la mujer del soberano en una extraña criatura. La corte exclama al unísono.

—¿Qué has hecho? Convertiste a mi esposa en un cisne negro con alas rojas. ¡Retórnala a su estado normal de inmediato! —le grita.

—Eso haré —ahora tiembla más—. No se preocupe, esto les sucede hasta a los más grandes hechiceros.

—¡Ha perdido la cabeza! —dice el rey muy enojado—. Eres un bueno para nada. Tenías tu varita al revés y en lugar de hechizar a la princesa, has hechizado a mi esposa. No sabes cómo transformar una calabaza en una carroza.

—Transformar calabazas en carrozas es tarea de principiantes, yo en cambio hago hechizos más impresionantes con las palabras mágicas. Esa es la diferencia.

Olidus hizo un par de piruetas, cruza los brazos y realiza una danza extraña. El piso se estremece, eso le molesta al gobernante. Cuando el ogro trata de hacer su magia, se descuida nuevamente y termina convirtiendo al rey en un burro con unas orejas que le llegan al suelo.

—¡Eres un torpe! ¡Tienes solo una oportunidad para arreglar este desastre!

—Esto es normal en mí. Me equivoco a diario. Lo arreglo ahora.

—¡Insolente, bueno para nada! ¿Por qué enviaron a este gigante inepto?

Entonces busca las frases correctas: "...*espejoous mindi, estrilious y sileta*". Pero ninguna de ellas le funciona. Al final, convierte a la princesa en un elefante con ocho patas, cinco colas, tres narices y diez ojos; por su parte, el rey se queda con la forma de burro; la mujer, de cisne. Para salvarse, el hado escapa de inmediato.

No le queda más remedio que dirigirse al siguiente pueblo para intentar conseguir trabajo. Se conformaría con cualquier cosa, una simple tarea que le quede bien y pueda servirle para mejorar su mala fama. Saca de su tablero mágico un instrumento que usa de agenda y resplandece cuando tiene un hechizo pendiente. Este le notifica que debe ayudar a un hombre para que recobre su forma humana, ya que, por su avaricia, el individuo se ha convertido en una bestia atroz. Vive en un castillo lejos de la ciudad.

Olidus llega a los alrededores del palacete. Está ansioso de obtener el éxito, de adquirir un poco de notoriedad. Siente el picor en la espalda, como siempre, lo ignora. Se encuentra de frente con la bestia.

—Deseo ser como era antes porque quiero contraer matrimonio —su voz es

profunda y lo asusta.

Olidus invoca su hechizo con fe y esperanza. Un brillo se apodera de la bestia. Al par de minutos, su cliente siente que le crece una barba roja profusa, mientras sus manos gruesas se le convierten en globos.

—¡Me has convertido en un vikingo! ¡Quería ser bello! ¡Vete antes de que te mate!

Escapa despavorido y desilusionado. Mientras camina por otra región, su tablero mágico vuelve a resplandecer. Por un momento no le hace caso por el fuerte picor en su espalda. De tanto rascarse le salen ronchas que le intensifican el escozor. Verifica las instrucciones de su posible misión. Por el camino se topa con siete enanitos, quienes asisten a una hermosa doncella dormida. Con pesadumbre le cuentan que ella permanecerá en trance hasta que un príncipe le bese los labios. Mientras tanto, "los cuidadores enanos" la besan constantemente todo el día para evitar que sus labios se resequen. Tienen los labios hinchados. Conmovido por la muestra de amor de los enanos, Olidus decide ayudarlos de forma gratuita.

—Tengo el conjuro correcto: "*Esperen Muertous*".

Minutos después, y tras las expectativas de todos, el traje blanco de la durmiente se vuelve oscuro, su cara se desfigura y se le cae el pelo.

—¿Qué has hecho? —le gritan—. ¿Con quién nos besaremos ahora? Eres un mequetrefe de mala suerte. ¡La has matado!

Olidus sale corriendo del lugar antes de que lo apaleen. Al culminar el día, retorna a la estación de las hadas y se encuentra con un elfo fornido que lo sonrío\_mientras camina con el pecho inflado. Se llama Abdul. Con aire de grandeza, fanfarronea en voz alta los problemas que había solucionado durante sus horas laborales.

—Seré el empleado del mes por décima vez. Nadie se compara conmigo — Abdul señala con el dedo—. Obtuve mis alas rápidamente cuando comencé a trabajar aquí.

Olidus desea ser como su colega, por eso le pregunta por técnicas que lo ayuden a mejorar. Abdul se toca el pelo, se ríe y lo mira con extrañeza detectando el grado de inocencia y candidez del otro. Escuetamente le cuenta que al principio tuvo mala suerte, pero después todo mejoró. Cuando estaba listo para irse, se le ocurre una idea sinuosa.

—Aunque pensándolo bien, al principio me pasó lo mismo. Te daré mi secreto. Debes encontrar la Letrina Santísima y sumergirte en ella. Una vez lo hagas, tu mala suerte se irá. Si haces lo que te digo, te aseguro que podrás ser

bueno en lo que te propones —entre dientes añade—: Aunque nunca lo encontrarás.

Olidus se va. Abdul llama a un compañero y se ríen por la broma de mal gusto. Ambos disfrutan ver cómo su compañero se cree la mentira, confirmando que es un tonto. Por su parte, el hado se establece como meta encontrarla. Intenta imaginar el lugar gigantesco con un enorme foso en el que flotan excrementos. Su deseo de ser un hado alado le impulsa a seguir adelante. Camina por horas hasta que llega a una montaña en la que encuentra a una muda.

—Estoy en busca de la Letrina Santísima. ¿No sabes dónde la puedo encontrar? —pregunta.

Ella hace unas señas confusas. Él, al percatarse de su impedimento, se compadece y le promete que la ayudará. Con seguridad y tranquilidad, proclama:

—*Curiutis*.

En unos instantes la mujer queda sana de sus cuerdas vocales, como él está enfusado en encontrar la Letrina Santísima, no se da cuenta de que, por primera vez, uno de sus hechizos ha sido efectivo. Con voz diáfana y clara, la agradecida mujer le asegura no haber escuchado nada sobre la ubicación del pestilente lugar. Esto lo frustra un poco. Entonces regresa alicaído a la estación. Quiere preguntarle a Abdul por más detalles. Al encontrarlo le suplica:

—Necesito saber con más precisión dónde se encuentra lo que me dijiste. Te pagaré con lo poco que he guardado.

—Pues bien, empezaremos con 15 siluetes diarios y de a poquito te daré información hasta que lo encuentres. Primero debes coleccionar cuatro animales. Te untarás su sangre para que puedas abrir el portal donde está la letrina.

Esa tarde caza un sapo, un pájaro, un conejo y una vaca. Priva de su vida a cada uno y se pasa la sangre por el cuerpo. La pestilencia provocada por las inmundicias de los animales hace que la gente sienta deseos de vomitar. La Hada Mayor lo manda a buscar.

—No sé qué sucede contigo. Tendrás unos días libres para que te bañes y elimines ese olor infernal. Has defraudado a muchos clientes. Si cuando regreses no has cambiado, es mejor que busques otra profesión.

—Nací para ser un hado, no tendré otra profesión.

Se retira cabizbajo. A la salida se encuentra a Abdul quien le miente diciéndole que no sabe por qué no le han funcionado sus indicaciones. Se

burla con sus cómplices porque le molesta la mera presencia del aspirante a ogro y, además, le ha tocado arreglar los problemas provocados por su compañero. Le indica que debe ir al río donde las sirenas descargan sus desperdicios. Ahí debe beber un sorbo de agua para encontrar la letrina. Entonces, sin pensarlo ni analizar la sospechosa tarea, inicia nuevamente la búsqueda. Sigue una vereda donde hay cabañas construidas de madera. Se arrodilla en el estanque, siente ganas de expulsar lo que ha comido, pero su meta de poder hacer magia, lo impulsa a seguir.

Abdul también le había dicho que al beber del agua aparecerían unos seres que lo ayudarían. El olor a aguas negras no limita ni amilana su ímpetu. Para su sorpresa, el agua es dulce. Se marea. Pierde el conocimiento por un tiempo indefinido. Al abrir los ojos, despierta en una colina donde hay una montaña enorme de desechos. Ve unas criaturas trabajando en una máquina, tienen los pies enormes y las manos deformes. A sus oídos llega un susurro: "Badus". Arriba ve unos desagües de distintos colores. Le parece extraño el panorama, no sabe dónde se encuentra.

—¿Dónde estoy?

—Has llegado a Letrina Santísima.

Se asombra al ver cómo los seres convierten la inmundicia, los metales y la gente muerta, en piedras preciosas. Usan las manos para sacarle brillo a los desechos. Le enseñan a Olidus cómo transformar la basura.

—Tu problema es que no crees en ti. Desde hoy saldrás de Letrina Santísima y tus miasmas y efluvios serán insoportables.

Al día siguiente, se va con alegría a su jornada. Resuelve los problemas de sus clientes sin ningún tipo de errores. Se siente feliz porque sus hechizos son exitosos. Ayuda a una anciana de ciento veinte años a rejuvenecerse y convierte a unos jóvenes en adultos genios. Es la primera vez que ha hecho varios trabajos sin dificultad.

Al rato, le bajan por la frente gotas de un sudor pestilente. Su hedor aleja a los clientes y las gotas de sudor le caen en los ojos. De pronto un viento fuerte hace que se le caiga su varita mágica. Un nerviosismo extraño hace que sus piernas flaqueen. Ante el traspíe convierte a una condesa en una vaca con piernas de burro. A un duque que pasaba cerca, lo transforma en un toro con plumas. Pensaba que, después de haber encontrado la letrina, sus problemas desaparecerían. Llega a la estación y lo llaman para reunirse con la Hada Mayor.

—Regresas con un tufo a carne podrida. Declaro tu fin. Olvídate de esta

profesión, no estás apto para ejercerla.

—¡Esto ha sido mi vida! ¡Nací para ser un hado! ¡Nada ni nadie tronchará mis sueños! Me he esforzado practicando día y noche. He soportado burlas y desprecios. He renunciado a mi condición de ogro por convertirme en un hado. Escuche, nací para ser un hado y lo lograré.

—No parece porque demuestras gran falta de conocimientos, te la pasas metido en problemas. Es mejor que te vayas y busques algo en lo que realmente seas bueno. Dame tu varita mágica.

Esas palabras llegan hasta su conciencia. No sabe qué hacer con su vida. Ahora nadie quiere estar a su lado. Se siente vacío, triste, desolado. En ese momento recuerda a los Badus. Ellos usaban su magia y con sus manos purificaban los desechos, convirtiéndolos en tesoros valiosos. Ahora él era un desecho de la sociedad. Recuerda cómo los seres purificaron lo inservible. Era como si tallaran sin tocar los desperdicios. Levantaban los objetos y una energía blanca salía de sus corazones. Piensa que un desecho se podía arreglar siempre que el individuo limpie su alma. De alguna forma los Badus le enseñaron a buscar su poder dentro de él. Siente una fuerza poderosa. Su pestilencia desaparece. Semanas más tarde, se encuentra con Abdul.

—Encontré el lugar, gracias por ayudarme...

—¿Cómo la encontraste si nunca existió? Fue una broma que te hice. La Letrina Santísima no existe.

—¡Claro que existe!, pero eres una persona ruin y despiadada. Por eso te convertiré en una gallina clueca —le dice mientras se contorsiona por el picor de la espalda.

—Como ves, los Badus me enseñaron a reinventarme. Tu mentira me llevó a descubrir mis debilidades, ahora las he superado.

De repente siente más fuerte el picor en la espalda. Va concentrado en continuar sus faenas, cuando, al pasar frente a un espejo, descubre que tiene dos hermosas alas tornasol. Entonces las agita con fuerza y se eleva muy alto.

# Sapura

Nuestra raza zombi nos diferenciaba de las demás castas de Anandell. Mi madre decía que la muerte nos hacía lucir más hermosas. Éramos zombis sin la espantosa necesidad de comer carne humana.

El imperio zombi se ubicaba después del Valle de la Muerte. Nadie se atrevía pisar nuestros confines. Los vivos no osaban poner un solo pie en el reino porque sabían que nuestra naturaleza podía serles letal. Rompimos la comunicación con ellos debido a algunas desviaciones gastronómicas de un sector de nosotros. Los vivos estaban muy conscientes de que los aventajábamos porque podíamos ver en la oscuridad y nuestro olfato era más sensitivo que el de los felinos.

Vivíamos en edificaciones herméticas y oscuras porque la claridad nos afectaba. Una capa protectora que llamábamos El Manto mantenía la zona en penumbras. Nunca hemos visto el cielo.

No sé, hay algo en el ambiente que trae a mi mente la belleza de mi madre, quizá es el paisaje tan hermosamente lúgubre. Se vestía con un traje negro, tenía orificios en los párpados y aunque siempre andaba bien maquillada, se le podía notar en la piel un dejo de angustia. Su nombre era Sapura.

Nadie imaginaba lo que era vivir con una madre zombi. A ella le gustaba mantener el reino en orden, por eso era quien daba todas las directrices. Para ella, ser reina no era fácil ya que todos esperaban que, a su forma, siempre estuviera hermosa.

Mi abuela me contó que antes de que yo naciera, mamá no quería tenerme. No quise saber sobre el asunto. Lo que importaba en aquel momento era que tenía la certeza de que mi madre me amaba. Por su parte, mi abuela se distinguía por la honestidad, aunque en ocasiones tenía la tendencia a hablar de más. Con mi nacimiento, mi abuelo perdió la esperanza de tener un varón para dejar el reinado en manos de un zombi varón. Fue él quien preparó el camino para que mamá se casara con el príncipe ideal y de esa forma fuera un hombre, indirectamente, quien gobernara. Pero el elegido, mi padre, terminó siendo un zombi abusivo, déspota y mal administrador. En las noches llegaba a darle bofetadas a mamá. Por eso ella me encerraba en mi cuarto mientras ellos discutían o ella recibía una paliza.

En esa época descubrí que los príncipes están prestos a darte un golpe



cuando cometes un error, y que cuando son reyes las actitudes son peores.

Mamá Sapura usaba maquillaje para disimular los moretones de las "charlas" tempestuosas con papá. Pintaba sus labios de un rojo intenso para que no se les vieran las cortaduras. Mi papá se llamaba Dan. Él no tenía las características esperadas en un príncipe. A través del tiempo su abdomen se volvió grande debido a que su afición favorita era comer. Sus piernas se volvieron pesadas. Respiraba con dificultad. Su salud se quebrantó. Como no podía dormir por problemas respiratorios, el insomnio lo fue transformando en un zombi iracundo e irracional. Tampoco quería atender los asuntos fiscales.

Una de las nodrizas que se habían hecho cargo de la crianza de mi madre, le daba consejos. Acostada entre las sábanas de la cama de mamá, me hacía la dormida para escuchar la conversación.

—No lo dejes, sabes que en este reino no existe el divorcio. Disimula. Te maquillas bien los moretones y te presentas ante todos como si todo estuviera bien.

—No existe el divorcio, aunque sí la desdicha —dijo mi madre.

Mientras, papá comenzó a enfermarse por el alto consumo de comidas tóxicas que ingería. Se alimentaba de animales de todas clases, la mesa se llenaba hasta el tope y no paraba de comer hasta deglutir hasta la más insignificante víscera. Bebía a cualquier hora su vino rojo y bajo los efectos del alcohol, se la pasaba insultando a sus caballeros y vasallos. Se volvía violento porque mi madre no deseaba dormir con él. Le pegaba sin piedad. Ella se cansó. La única forma para deshacerse de su marido era diseñar un plan certero y ejecutarlo en el momento correcto.

Una mañana vi a mamá Sapura echando un polvo en el desayuno de papá. Los efectos se verían unos días más tarde. Me hice la desentendida.

Una fuerte discusión se escuchaba en el salón del trono. Mamá Sapura deseaba implementar nuevas leyes mientras el rey quería seguir la tradición. La controversia agravó más su relación.

Una vez al mes, los dominios zombis traían las mejores carnes crudas del reino para mostrar respeto a sus gobernantes. Eso le encantaba a papá porque podía darle rienda a su gula.

Los zombis, si no cuidaban su salud, adquirirían una enfermedad en la sangre que les provocaba un cambio físico. Nosotros, aunque estuviéramos muertos, necesitábamos mantener un balance en nuestras células. No éramos solamente zombis con cuerpos podridos. Si un individuo cambiaba de forma se decía que pasaba por la transición. Primero se podría la persona y después se le caía

toda la piel. Ni el polvo que mamá Sapura le echaba a su comida le adelantaba la muerte. Parecía tener más vidas que ciertas ánimas. Cada vez se volvía más agresivo con mi madre.

Una mañana dejó de ser el papá que conocí. Por la noche tuvo una fiebre alta. Se le había acelerado el cambio. Su cabello se volvió blanco; sus ojos, negros. Le crecieron garras. Ahora era un zombi gris. Tenía rasgos de un animal que se funde con un vampiro. Todavía su conciencia funcionaba. Estaba enfurecido por lo sucedido porque decía que su muerte era eminente.

Unos días más tarde, nos culpaba por su aspecto. Se desesperó porque sabía que perdería el don del habla y se convertiría en un animal que tendría que depender de otra persona. Mis padres discutieron por los próximos días. Él quería ejercer presión con su actitud posesiva. Por eso mi madre quería dejarlo, para que no pudiera controlar su vida. A solas mi madre me explicó lo que sucedería. Me recalcó que era por nuestro bien. Mi padre sería como una mascota que complacería los deseos de la reina. Solo le quedaban horas.

Por la madrugada mi madre se dirigiría al balcón; estaba pensativa. Murmuraba que sería su fin. Él entró a donde ella estaba, la abofeteo y la forzó a hacer el amor.

Minutos después, entré a su recámara, él se movía desparramado y sin forma humana. Por fin el polvo había tenido efecto. A los pocos días siguió transformándose en una especie dócil de un pequeño monstruo. Mi madre le puso una cadena en el cuello y lo llamó Brusco.

El que me había engendrado ya no existía, pero no sentí pena por todo lo que él había hecho. Cuando la reina anunció que sería la única en encargarse de las decisiones y que podía convertir a cualquiera en lo que era su esposo, nadie se atrevió a llevarle la contraria. El reino floreció sin papá. Ella era sabia con sus decisiones y liberó al pueblo de los rituales y sacrificios dirigidos a dioses que nunca contestaban sus plegarias.

Un día mi madre amaneció algo inquieta. Su vientre le daba señales de que algo ocurría. Semanas más tarde, su abdomen comenzó a verse distinto. Fue al médico, este le anunció que sería madre de un varón. Mamá me confesó que no lo quería. Manteníamos ese secreto que nos unía a ambas.

Una tarde llegamos al consultorio. No me dejaron entrar a la oficina, pero escuché sus conversaciones, siempre me ha gustado fisgonear.

Por una ranura observé asombrada cómo él ponía un dispositivo en el vientre de mamá. No entendía lo que sucedía. Él dijo que el feto estaba muy avanzado y que la técnica de privarlo de su vida no funcionaría.

Tarde en la noche, mamá Sapura se bañaba. Había dejado la puerta semiabierta. Se tocaba el vientre con ternura y a la misma vez lloraba de rabia. “Eres parte de él, no debo tenerte”. Detrás de sus sanguinolentos ojos, observé la incertidumbre. No quería que su criatura se pareciera a su agresor. Mamá me descubrió. Decidida a un desenlace, al otro día se dirigió conmigo al consultorio del médico. Tomamos el carruaje con los caballos sin crines. Cerca de las diez, llegamos al consultorio. El doctor la esperaba.

—Le dije que dejará a su hija en la casa, ya que le espera un proceso largo.

—Ella sabe la verdad —mi mamá hizo un gesto de complicidad.

—Debe quedarse en la salita.

—Firma este consentimiento para proceder con lo establecido.

En ese momento le dio a tomar un néctar. La semana siguiente, a mamá Sapura se le puso la piel amarillenta. No tenía ganas de ingerir alimentos. Iba al baño frecuentemente. Le pregunté por qué no quería comer. Tuvimos una conversación muy seria.

Un dolor la invadió y se fue a su habitación a tratar de recuperarse. Esperé a que ella se entretuviera para averiguar qué le sucedía. Con asombro descubrí que mi hermanito venía al mundo. Al verlo, ella gritó que el engendro se parecía a su maldito progenitor. La asistí. Mamá lo agarró con una mezcla de ternura y asco. Con el tiempo me hice su cuidadora porque mamá lo olvidaba constantemente en cualquier rincón. No quería que le sucediera algo. No entendía a mamá Sapura. A veces lo acariciaba, le cantaba y lo besaba. Luego decía entre dientes que era igual al rey.

Una noche escuché ruidos. Me levanté para verificar que el bebé estuviera bien. Al entrar, vi a mi madre desencajada y fuera de sí. A los pocos instantes, y frente a mis ojos repletos de terror, comenzó a comerse al infante, luego enloqueció.

# El duque

Buscaba entre sus pertenencias. Estaba cansado de pretender ser lo que no era. Después de hurgar en su armario, se decidió por unas sobrias piezas. De día vestía elegantemente, aunque llevaba con cierta incomodidad los atuendos viriles. Pero en la noche, en la intimidad de su recámara, cuando estaba lejos de los ojos escudriñadores de todos, se miraba en el espejo porque no se sentía conforme con sí mismo.

Agobiado de su rutina masculina, un día se dejó crecer el pelo. En su mente rebotaba una insistente idea: cambiar de sexo. Había sido muy infeliz en su corto matrimonio. Después de un contencioso divorcio, regresó a vivir con su mamá, quien, como madre al fin, lo aceptaba con todas sus incertidumbres. Cómplice de sus anhelos le confeccionaba vestidos de mujer. Ella siempre supo que su hijo vivía en un cuerpo que no le correspondía.

Mientras, él consentía la perturbadora idea que con el tiempo se convirtió en una inquietante obsesión. Antes de acostarse, y después de cepillar con cuidado su melena, se miró en el espejo pensándose como mujer. Escondió sus genitales, se apretó las tetillas. Desde esa noche decidió cambiar por completo su vida. Para lograrlo sabía que tenía que enterrar su pasado. Se ausentó de todos, murió para la sociedad que lo cobijaba. Meses más tarde, la gente comenzó a preguntarse dónde se había metido el duque. No asistía a las fiestas ni se le veía dar sus acostumbradas caminatas vespertinas.

Los rumores se empezaron a esparcir en el pueblo. No pocos dijeron que el duque se había convertido en un vampiro; otros alegaban que era un hombre lobo, algunos lo dieron por muerto.

Al transcurrir el tiempo, la gente se olvidó de los chismes y se concentró en una enigmática visitante que había llegado a la mansión del duque. A través de unos “muy comunicativos” sirvientes, averiguaron el nombre de la advenediza prima del duque: Rocío Villanueva.

Algunos curiosos acaudalados invitaron al desaparecido duque a una celebración especial. Tenían la esperanza de ver junto a él a la misteriosa mujer. Pero el ya no tan extrañado duque envió sola a su rutilante “prima” para que presentara una excusa sobre su ausencia. La repentina aparición de su familiar solo aumentó las especulaciones del pueblo.

Al culminar la festividad, por primera vez se sintió bien consigo mismo. El

hombre se había convertido en una doncella hermosa. La admiración de todos le dio más ánimos. Se sintió realizado. Esa noche las miradas se centraron en Rocío, en su cabello lacio, sus ojos claros y en el rostro apacible ataviado con una sonrisa dulce. Lucía encantadora con su vestido violeta. Los espectadores se deslumbraban por su actitud inocente y la delicia de su sensual caminar. De regreso a su hogar, una inmensa felicidad lo invadió y juró enterrar al duque Villanueva por completo.

En la mañana le contó a su madre sobre sus experiencias. Su alegría era contagiosa. Ambos cosían los nuevos vestidos para la próxima salida. Pero la alegría vino tomada de la mano con la incertidumbre de una nueva etapa.

—Madre, tenemos un problema. Debo encontrar la forma de cambiar de sexo. Deseo ser una mujer completa, si no lo hago, no seré feliz.

—Debes quererte como eres, buscar ser auténtica.

—He estado tanto tiempo escondiendo quien soy, que a veces me pongo nerviosa. ¿Qué pasará si me descubren?

—La gente en Anandell debe aprender a ver la diversidad como parte de nuestra sociedad. Por años muchos como tú se han escondido. Es peor vivir una mentira. Por el momento se han olvidado del duque Villanueva. Ahora se mueren por ver a Rocío.

A las tres de la tarde del próximo día, una algarabía se apoderó de la plaza. La masa vociferaba mensajes de repudio. Tres mujeres caminaban amarradas. Tenían los vestidos rotos, estaban descalzas y les habían cortado los cabellos. Serían quemadas por desobedecer las leyes. Rocío llegó hasta el lugar invadido de intolerantes. Con horror se percató de que los inmolados eran sus conocidos. Las autoridades habían descubierto que eran hombres. Se les cortaría su "hombría" y los dejarían desangrarse hasta la muerte. Serían condenados por quebrantar un decreto.

Rocío lloró. Se sintió inútil porque no podía hacer nada por los ajusticiados. Le dolía verlos en esa situación. Eran sus amigos, parte de un grupo que frecuentaba un antro llamado el Humo Verde. Este era un paraje recóndito que se encontraba en una cueva. Allí los había visto en una de esas noches en las que visitaba el lugar donde todos podían ser ellos sin la necesidad de esconderse. En el tugurio se bebían los mejores vinos, se escuchaba música diferente, se bailaba y se daban muestras de amor sin que mediara el reproche.

En el local había grupos que se separaban por zonas. Los Bárbaros eran hombres a quienes les gustaban los placeres extremos. Afrodisiacas era la

esquina para mujeres a quienes les agradaba mostrarse copulando frente a observadores. Por último, los Pans podían dormir con quienes quisieran sin que les importara la orientación sexual.

La noche anterior a los arrestos, el general consiguió información sobre la ubicación del sitio. Hicieron un allanamiento sorpresa. Rocío logró escapar, pero durante la huida se le cayó un pañuelo impregnado con su perfume exclusivo. El general lo descubrió y lo guardó.

En la plaza en la que se castigarían a las denominadas aberraciones atrapadas. El general Rocosó caminaba de un lado a otro. De pronto se detuvo al lado de Rocío. Sintió el aroma inconfundible.

Rocío no se percató porque miraba la hoguera en el centro de la plaza. Las víctimas clamaban por piedad. Sabía que no podía involucrarse. Se sintió ruin por la inacción. Pero el miedo solo le permitió bajar la cabeza e intentar respirar.

El general sacó el pañuelo. Entonces, comenzó a elucubrar teorías, sospechas, tramas, posibilidades y estrategias para constatar quién era la dueña del pañuelo.

—No sé quién eres, aunque me extraña tu aparición en este pueblo. ¿Viste la pena de muerte que esas bestias recibieron? No descansaré hasta descubrir a las demás personas que estaban en el lugar anoche. Mis ojos son ágiles para desenmascarar a la mentira. Y te advierto que mi olfato es infalible.

Aterrada, Rocío regresó a su casa. Se confinó entre las paredes. Dejó de salir por miedo a ser descubierta.

Una mañana escuchó un sonido fuerte en la entrada principal. El general Rocosó se había presentado sin invitación y le dejó un documento de comparecencia para el duque, porque se comentaba que estaba muerto.

—El duque vendrá la otra semana. No sé quién le dijo que ha sido asesinado —contestó Rocío.

—No hay problema, entonces no faltará a la citación.

Presagiando los posibles problemas que se avecinaban, guardó sus vestidos y volvió a ser el duque. Se le hizo difícil disimular su tristeza. No podía dormir bien en las noches porque escuchaba su consciencia decirle que debía ser valiente.

Para colmo todavía tenía que enfrentarse a la citación de Rocosó. Estaba asustado ya que no quería encontrarse con la realidad de un atropello. El día de la comparecencia, se levantó irascible. Se topó con la mirada inquisidora de la autoridad. El general Rocosó le preguntó por qué se había ido, que

dónde había estado, que si tenía pruebas, pero el duque le contestó con firmeza aludiendo a lo injusto e innecesario que era el interrogatorio.

Luego conversó con su madre acerca de lo sucedido. Ella, con su sabiduría, le dijo:

—Tus tristezas mezcladas con el ansia de querer ser Rocío Villanueva han aumentado en ti un espíritu guerrero. Cuando uno se siente culpable es difícil esconder su realidad. Debes aceptarte como eres sin importar las consecuencias.

Se quedó pensativo. De pronto asumió una actitud de lucha.

—Madre, no seré más el duque. Hoy nace Rocío Villanueva. ¡Ese hombre debe pagar por sus pecados!

—No te detengas ni te limites a tener miedo.

Esa tarde hubo otras muertes, el duque se apresuró a ver quiénes eran los desafortunados. Sintió rabia. Quemaban a dos doncellas sorprendidas en plena cópula. Le frustraba poseer mucho dinero y no poder ayudarlas. Escuchó el eco de las palabras de Rocío: “Yo soy parte de ti, acabemos con él y honraremos a nuestros hermanos”. El pueblo se encontraba entretenido viéndolas morir. Gritaban: “Maten a esas hijas de la oscuridad. Son una abominación”. Una hoguera se preparó para el acto. En ese instante el duque sabía qué debía hacer y hacia dónde ir.

Se peinó el cabello, se maquilló para resaltar sus ojos y se vistió con un vestido rojo que dejaba ver sus voluptuosas caderas. Se enteró que en la noche se celebraría el cumpleaños de su adversario. De camino, su conciencia le hablaba: “Lo mataremos”. Escondió su pistola plateada. Deseaba humillarlo por sus crímenes. Se concentró en llamar la atención de su enemigo.

Durante la celebración, los mejores malabaristas hacían sus trucos mientras los invitados comían y se entretenían con los espectáculos. Su belleza no pasaba desapercibida. Entonces Rocío se acercó al general para invitarlo a bailar. Se unieron como dos imanes porque al hombre le gustaban las mujeres hermosas.

Rocío coqueteaba con el general, quería manipularlo a su antojo mientras bailaban. Al culminar la música, pensó: “Cuando lleguemos a su hogar, lo voy a matar”.

Rocío convenció al hombre responsable por tantas matanzas, para que la llevara a su espléndida mansión. Ya en la privacidad de la alcoba, un borracho Rocosó le ofrecía muestras de cariño. Fueron quitándose sus respectivos atuendos. Se dejaron llevar por los besos apasionados. El general sucumbía al

placer. Rocío complacía al hombre, quien no podía aguantar los deseos de hacerla suya. Rocosó comenzó a saborear sus senos y le decía lo mucho que la deseaba. Le dijo que se volteara por unos minutos para hacerla levitar del placer. Estaba tan aturdido, que no se había percatado con quién estaba. Rocío se aprovechó del momento para sacar la pistola y lo enfrentó.

—Usted disfrutó exterminar a las personas que solo querían ser ellos mismos. No tuvo compasión por ellos, por eso no respetaré su vida.

En ese momento el funcionario se percató con quién estaba.

—¡También eres una aberración delante del Señor! Deseas ser mujer cuando naciste hombre. Debes aceptar las leyes de Dios. Lo que haces es pecado capital.

—Ahórrese sus comentarios inocuos. ¿Acaso la Iglesia estuvo correcta cuando comenzó la matanza de los vampiros, los lobos y las hadas?

—Hago esto porque ustedes quebrantan el balance natural y no merecen vivir.

Indignada, Rocío Villanueva quería que el hombre sufriera una muerte lenta. Amarró al general en una silla. Él se sorprendió por la osadía y se burló.

—Me das asco. Desde que olí tu perfume sospechaba que eras el Duque, pero quedé ciego por tu deslumbrante belleza. Nadie humilla mi hombría. Eres una mujer con un pene y debes morir.

Rocío forcejeaba con el hombre, quien logró zafarse de las amarras. No se dio por vencido. Rocío perdió el balance y cayó frente a la ventana. Sintió un golpe fuerte en la espalda. Le pareció ver unas hadas diminutas en las afueras del recinto. Recuperó fuerzas. Sintió un cosquilleo en la entrepierna, un presagio, un milagro. Se abalanzó sobre el hombre. Le hizo perder el balance. Con una agilidad inusitada, recuperó el revólver... en la mansión se escuchó una detonación.

La sangre de la autoridad se desparramaba por el suelo como si fueran riachuelos nuevos. En ese momento entró un impetuoso rayo de luna y se vio convertido en mujer.

Desnuda, sin temor al qué dirían, cargó el cuerpo sin vida del infame hombre y lo dejó en la plaza pública. Lo acomodó y escribió en su frente: “Libertad”.



## La muerta más muerta

Se escuchaba el eco del llanto de los paisanos. Los sollozos eran provocados por "la muerta más muerta". Cuando la vieron por primera vez, algunos pensaron que era una aberración endemoniada expulsada por el mar porque no podía albergarla. Había aparecido con una mortaja de algas. Sus alas negras eran una oda al miedo. La descubrieron unos pescadores quienes pensaron que era el presagio de algunas catástrofes.

—Se ve hermosa y tierna a la vez. La pobre muchacha era virgen, lo sé. Debió caminar sola por un acantilado. Estoy seguro de que resbaló, cayó al mar y las corrientes la trajeron hasta aquí. Lo que no entiendo es por qué tiene alas. Pero, mírala, parece estar durmiendo —dijo Fecundo.

—No seas tonto, no ves los atuendos que tiene. Es una persona importante. La llevaremos al pueblo, la gente necesita de muertos distinguidos. Pero antes, le pondremos un nombre. A mí me parece que se llama Gertrudis.

—¿Cómo se te ocurre llamarla así? Ella se llama Dulzura. La mujer horneaba el pan más sabroso de su región y una maldición creada por alguna bruja la hizo más alta y al mismo tiempo provocó que le salieran alas. La gente la rechazó y decidió echarla a la mar.

—Dejen los cuentos, buscaremos ayuda para trasladarla.

Tardaron varios días en hacer una tabla grande con ruedas para transportarla. Al observarla bien, algunos coincidieron en que tenía ciertos rasgos de la realeza, claro, de alguna estirpe desaparecida del inframundo. Aquella muerta, además de sobresalto, causó gran curiosidad entre los pobladores de la villa. De inmediato intentaron trazarle una línea de procedencia. Sin embargo, no apareció en los grandes libros en los que se detallaban a las razas.

La gente empezó a reunirse para encontrar una explicación a la extraña aparición. Sus alas eran enormes, sus muslos eran blancos y la boca se le había tornado morada. Todos querían acuñarle un nombre. Era una forma de poseerla, de otorgarle título de propiedad.

Los más ancianos comentaban entre sí:

—La pobre parece estar bien muerta.

—No digas idioteces, cómo una muerta puede estar más muerta.

—Es un ángel que descendió de los cielos. No hay otra explicación mira sus

alas blancas.

—A la verdad que estás ciego, no ves que son negras.

Al peinarla, se percataron de que tenía unos aretes plateados con figuras de sirenas. Algunas personas vociferaban que era la reina de los mares, mientras otros decían que era una gigante de la zona donde moraban los muertos. Al alcalde se le ocurrió hacer un sepelio por una semana, pero se tardaron mucho más porque el féretro que elaboraron los trabajadores tomó varios días en confeccionarse.

Al intentar moverla se dieron cuenta de que había adquirido mucho peso. Tanta fue la dificultad para transportarla, que en el intento se les zafó a unos obreros y los aplastó matándolos en el acto. A los pobrecitos nadie los lloró. Todos se enfrascaron en un lamento porque no tenían un lugar para divagar sobre la verdadera identidad del espanto fascinador.

Con el paso de los días, aumentaba su estatura y su peso. Era como si los cuentos alimentaran a la difunta. Mientras más inventaban sobre ella, más reluciente se veía.

Alguien advirtió que tenía la facultad de cambiar de expresión, por eso a algunos les parecía sufrida y a otros, sensual.

De pronto comenzaron a salirle arrugas debajo de los ojos. Eran indicios de que su cuerpo se descomponía. Las especulaciones continuaron. Varias chicas se convencieron de que ella había muerto en la búsqueda de su amor. Comentaron que se había montado en un barco y que una tormenta la echó a naufragar en una embarcación. La vida del pueblo se detuvo en aras de las posibilidades que ofrecía la forastera.

La comunidad se organizó para brindarle un velatorio digno. En el velatorio, las filas aumentaban como acrecentaban la cantidad de interpretaciones de la vida pasada del enigmático cadáver.

Los que limpiaban la ciudad no compraron los cuentos que habían escuchado. Se ofendieron y la llamaron Virginia: la mujer que cayó de las alturas como un milagro para unir a la aldea. Cada grupo se adjudicaba la autoridad y el carácter privativo de nominarla. El egoísmo de los barrenderos no les agradó a los monjes y provocó una trifulca entre los bandos.

Se decía que ella resucitaría porque era una enviada del cielo para perdonarles los pecados. "La muerta más muerta" adquiría cierto tipo de vida con la atención que la gente le profesaba. Era una vida artificial que estaba en los ojos de sus seguidores.

En la funeraria, nunca bajaba el tamaño de la multitud que venía a rendirle

honos, por el contrario, cada día tenía más curiosos y seguidores. Nadie deseaba irse a dormir por no dejar al cadáver solo. Esto provocó que se quedaran más tiempo desatendiendo sus obligaciones. De esta forma el poblado se estancaba en un fastidioso letargo.

Una madrugada un ciudadano gritó que ella había parpadeado. Entonces todo se paralizó. Decenas de expertos llegaron para investigar el asunto ante la posibilidad de que en verdad fuera a volver a la vida. Con el paso de los días sin que hubiera otra señal de movimiento, regresaron las especulaciones.

—Te dije que alguien la asesinó. Si miras su cuello, verás que tiene unas marcas como si hubieran usado una soga para privarle la vida.

—¡No seas tonto! Se privó de la vida. Si miras sus dedos parece que a última hora se arrepintió...

—Señora Sonia, ese es su nombre. Estoy seguro de que la princesa tenía un esposo y cuando él se enamoró de la sirvienta, su amor por él se derrumbó y por eso decidió culminar su vida.

—Deja de llorar y ahórrate los cuentos.

En ese momento el inspector, aturdido por el cúmulo de historias que le habían hecho, creyó verle a los lejos una tenue sonrisa, pero pensó que las lágrimas que le había provocado mirarla le habían hecho ver lo imposible.

Con el paso de los días comenzó a formársele una corona. Era una especie de tiara que el salitre, combinado con la humedad del lugar, le había cincelado. Entonces los presidentes de la comunidad, al ver la "corona", llamaron a sus mejores brujos para ofrecer una danza y evitar que el espíritu de la mujer se fuera al inframundo. Unas coristas llegaron para fungir como lloronas. Su llanto era muy convincente.

Muchos comenzaron a darles monedas en señal de solidaridad. Mientras más monedas recibían las coristas, más estridentes eran sus llantos. Una de ellas se arrastró por el suelo mientras la otra decía con fuertes sollozos: “¡Por qué tenías que morirte, eras tan buena!”.

Minutos después unos adolescentes que jugaban a las escondidas se decían entre ellos que la muerta era una gigante de la isla de Polios. Contaban que la mujer hermosa fue en busca de una espada mágica y que en su jornada un dragón la había hechizado.

Aparecieron los magos para averiguar cuál era el suceso que había paralizado las faenas diarias. Les pareció una mujer mágica, un tipo de hechicera como ellos. A un gran artista se le ocurrió que la dejaran como un monumento a la ciudad y así atraer a los turistas. Luego de los cuentos

elaborados por la gente, un cariño se apoderó de cada uno. La veían más bella, con la cara pálida más brillante y con curvas y senos perfectos. Algunos murmuraban que respiraba. Nadie deseaba dejarla sola, la gente comía al frente de ella. Algunas comadronas conversaban amenamente con la muerta mientras hacían sus labores. Otros le pedían la bendición.

Sin darse cuenta, el poblado cayó en decadencia. La infatuación con su princesa hermosa se volvió una maldición, y cada vez que intentaban devolverla al mar, los llantos se hacían estridentes, los cuentos aumentaban y se añadían nuevos seguidores de otros lares. Parecía como si la muerta se alimentara de ellos.

Los reyes de la comarca enviaron a sus mejores trabajadores para momificarla. La convirtieron en un gran monumento.

Los más conservadores se la pasaban quejándose de lo que consideraban una aberración. Alegaban que nadie deseaba hacer nada más que adorarla y que habían olvidado a sus deidades. Una madrugada el concilio convocó a todos sus monjes para derrumbar a la horrible abominación.

—¡No la miren ni caigan en su brujería demoniaca! —gritó uno de los ancianos.

Buscaron un antiguo artefacto para bajarla y usaron a un centenar de hombres para llevársela lejos. Tuvieron que envolverla en hojas gigantes para no caer ante sus encantos. Minutos más tarde, un viento fuerte sopló, esto hizo que sus ojos escudriñadores se apoderaran de los que intentaban desaparecerla. Los que ayudaban no resistieron contar sus versiones acerca de la doncella.

Por varios días la dejaron en el sol para que la luz la purificara. Esto debilitó sus poderes. La gente del pueblo recobró las fuerzas para sacarla de su región.

Al día siguiente, mientras amanecía, llamaban a la muerta por los distintos nombres que les habían otorgado. Fueron a la orilla de la mar. Las olas mostraban un mar picado, pero eso no los detuvo. Antes de oscurecer, el pueblo concluyó que la muerta debía morir por segunda vez. La empujaron hacia las corrientes y, en efecto, se alejó. Pero varias horas después regresó a la orilla. En ese momento se dieron cuenta de que la mujer no quería estar sola, ni aun en su segunda muerte. Volvieron a caer en sus encantamientos y decidieron que era mejor que regresara al pueblo. Reconstruyeron la ciudad y buscaron los mejores materiales para darle cuidados al cuerpo.

Los cuentos no cesaban ni un instante. Un brillo renovó al cadáver y los

artistas le pusieron un vestido digno para la ocasión. No se supo la verdadera razón de su primera muerte, aunque no importaba porque era una bruja, un ángel o una mediadora, en fin, alguien que apaciguaba sus penas. El cuerpo sin vida emitió una dulce sonrisa mientras el pueblo retornaba a la normalidad.

## El baile del fénix

Loriel nadaba en las aguas cristalinas del fondo del mar. Ciudad Aqua todavía estaba lejos. De seguro llegaría tarde a su clase de baile. Su tardanza le traería una fuerte reprimenda, ya que le habían contado que a su nueva instructora no le agradaban las excusas, y mucho menos las alumnas irresponsables. Recurrió a su aleta izquierda, aunque su uso estaba prohibido, abrió los portales que la hicieron viajar más rápido. En pocos instantes estuvo cerca de su destino.

La muchacha recorrió el pueblo con desesperación. Durante su acelerada trayectoria recordó cuando sus padres la regañaban por sus excesivas tardanzas. “La puntualidad es importante. Llegar tarde te hace lucir débil”. Ella se contrariaba con sus comentarios, sentía que la sobreprotegían. Sus padres no querían que explorara más allá de las fronteras coralinas, porque se había constatado la presencia de peligrosos monstruos marinos. Sin embargo, sus frecuentes consejos solo la ponían ansiosa. Deseaba aventurarse en la vida. Era una mujer de veinte años, rebotante de ganas de vivir y con deseos de descubrir los mares alternos.

Su serena y exótica apariencia parecía ajena a las responsabilidades de su vida. Tenía que prepararse para tomar una decisión que le afectaría su destino. Las leyes en el reino establecían que cuando cumpliera veintiún años, debía definir su sexualidad para luego desposarse. Todavía no sabía con quién terminaría casada. Le perturbaba pensar que un simple baile pudiera sentenciar con quién pasaría el resto de la vida.

Para su mala suerte, un mensajero se le acercó para recordarle su cita y hacia dónde debía dirigirse. A la joven se le había olvidado la evaluación reglamentaria que exigía el estado. Celebraría su cumpleaños 21 y ya le correspondía el tedioso examen.

A Loriel se le hacía difícil acoplarse a la sociedad. Ella era una nata con piel nacarada. Los natas tenían agilidad en el agua, pero nacían sin genitales definidos.

Por otra parte, tenía la amenaza de los tiratanos, quienes tenían la facultad de cambiar de sexo a su antojo. El carácter belicoso de esta especie permitió que se apoderara del reino y que legislaran leyes injustas para evitar que las natas se procrearan. Querían ser los dominantes.

Aquellos que se oponían a las leyes, tendrían que enfrentarse a una Vitu. Un ser mecánico con un caparazón de metal, tentáculos plateados, ventosas, ojos rojos y una aterradorante boca con dientes filosos. Flotaba como una deidad. Nadie debía oponerse a los decretos para no encarar al monstruo. El artefacto destructor también cambiaba a los natas, quienes se resistían al desarrollo de su sexo biológico. Si el nata no sufría la metamorfosis, el animal podía devorarlo.

A Loriel le dolía saber que por pertenecer a ese grupo debía seguir las directrices de la raza dominante, quienes eran altaneros y clasistas. Los natas debían esperar; se les prohibía cualquier relación amorosa antes del periodo establecido para ello. Desde la invasión de los tiratanos, eran ellos los primeros en tener relaciones con los natas, de esta forma, se aseguraban de que la prole tendría sus características dominantes.

Se sentía molesta porque le harían una meticulosa inspección justo antes de su clase de baile. En el consultorio le dieron la noticia que de inmediato la consternó.

—Debemos seguir los protocolos. Tienes un mes para prepararte para el baile. Te entrenará un tiratana. Serás de su propiedad mientras aprendes el Baile del Fénix. Durante ese periodo, no puedes involucrarte con los de tu especie. Vivirás aislada de los tuyos.

El estado le asignó a Aduri una tiratana con poderes especiales. Durante el baile final, y después de una secuencia de movimientos diseñados por la tiratana, el sexo de la nata sería definido. La desigualdad entre las razas era notable, porque los tiratanos procreaban a su antojo, mientras los natas se extinguían.

Ahora se enfrentaba a su realidad: después del evento cultural que incluía la danza como punto culminante, se elegiría a su futuro cónyuge, que con toda posibilidad sería un tiratano con un código genético que la haría procrear, en su momento, a un tiratano. Desde los diecinueve, Loriel se resistía a realizar el baile, pues pensaba que era un atropello hacia su dignidad y los suyos.

Tras la inusitada parada con el oficial examinador, por fin llegó a su clase. Se encontró de frente con su instructora, quien al verle llegar tarde le dio una reprimenda.

—Debes disciplinarte para el baile y para la vida.

En ese momento, y manteniendo sus ojos fijos en los de la estudiante, la maestra comenzó con los pasos básicos. Le advirtió que el pueblo de Aqua esperaba verle bailar, que lo tomara en serio.

—Debemos tomar esto con prudencia, nuestra vida depende de ello. Alguna vez fui como tú.

Al escuchar estas palabras, Loriel se apartó de la tiratana, y con una mirada insurgente, le dijo:

—Los natas jamás seremos iguales a los tiratanos.

La sesión terminó sin que la maestra y la estudiante intercambiaran palabras. Tuvieron muy pocos avances.

En la tercera clase, Aduri esperaba a su aprendiz en el pasillo, quien, una vez más, estaba tarde. Cuando la profesora se enojaba, sus alas transparentes brillaban como un arcoíris. Se miraron. Loriel sintió algo que no podía explicar.

—¡En un mes será nuestro gran día y llegas tarde! Dime, ¿cómo lograremos que termines siendo hembra?

Al culminar las rigurosas lecciones, Loriel comenzó a sentir pequeños espasmos en el estómago. Las manos le temblaban, se sentía sudorosa y algunos de sus sueños con la maestra recurrían cuando no estaba durmiendo.

Le confesó a su profesora lo que le ocurría. Ella le dijo que eran procesos normales porque se le estaban despertando cosas nuevas. Por el pueblo se comentaba que los tiratanos habían modificado los movimientos ancestrales para que los natas solo pudieran transformarse en hembras. Esas reglas mantenían una hegemonía sólida en la que nadie se atrevía a levantarse en contra de los gobernantes.

Las emociones confusas aumentaban en la mente de la joven mientras se acercaban los días del gran evento. A veces soñaba que le poseían tiratanos. De pronto venía un ser de luz a su rescatarle. El ente onírico se transformaba en su maestra. Esos sucesos le confundieron aún más.

Días más tarde los tiratanos le presentaron a la maestra el candidato con quien debía casarse Loriel. Era un tiratano prepotente y grotesco. Aduri les pidió que no fueran insensibles y suspendió la práctica con su alumna por el resto del día. Entonces habló de nuevo con los gobernantes para evitar que presionaran a la debutante, ya que los líderes le habían prohibido estar con sus seres amados y tenía un ataque de nostalgia. También les dijo que con sus exigencias diluían el proceso y esto podría traer consecuencias adversas. Sin importarles las consecuencias, los líderes debían demostrarle al pueblo que tenían el poder y el control. Le advirtieron a la bailarina que debía cumplir con lo establecido, de otra forma tendría que atenerse a los resultados.

Por la tarde Loriel llegó a la casa de Aduri. Ella le habló acerca del baile.



Le contó que si hacía los movimientos correctos, una magia se apoderaría de su ser. Aduri le afirmó que los sabios habían evaluado cómo sincronizar el espíritu de un individuo con una secuencia de giros.

—Bailar es vivir, nos ayuda a deleitarnos en las pequeñeces de la vida que a veces obviamos. La chispa de cada individuo brota de su alma. Nos convertimos en seres distintos. No te preocupes, todos hemos pasado por la misma experiencia y al final hemos logrado ser felices.

—Me parece que no puedo confiar en ese proceso. Pienso que al otro lado estará Vitu esperándome con sus tentáculos metálicos para devorarme — contestó Loriel.

Una tarde en una de las secciones de baile, Loriel sintió un cosquilleo en el estómago. La sensación se intensificó cuando vio el pezón rosado de su maestra cuando esta se cambiaba el uniforme. El corazón de Loriel latía rápido cuando pensaba en su instructora. Luego de esa experiencia, encontró seductores todos los movimientos de ella.

Aduri se percató de sus sentimientos y decidió posponer las sesiones por dos días, pero el estudiante solo deseaba que su bailarina favorita estuviera a su lado. En su recámara, pensaba en las acrobacias que habían hecho. Recordaba su cabello brillante, la firmeza de sus pasos, de sus glúteos. Esto le aumentaba los niveles de excitación. Loriel deseaba entregarse. Al continuar con las prácticas, sus emociones aumentaron.

Aduri también pensaba en lo mismo mientras se encontraba en su recámara. No quería cumplir con sus deberes y solo pensaba en lo sucedido entre ambos. No deseaba decirle nada a sus superiores, más bien le confesaría a ella cómo se sentía.

El último día de clases, ocurrió un incidente. Tenían que sincronizar sus pasos. El estudiante se fijó en la espalda de su maestra. Era suave y con curvas hermosas.

—Quiero que me toques.

Aduri se envolvió en los miasmas del momento y sus partes se volvieron como capullos rojos. La transformación duró muy poco, pero el momento se quedó grabado en la mente de ambos.

Llegó el día esperado. A la hora del gran evento, los gobernantes recibieron a los invitados. Un aire frío recorrió los alrededores. La guardia dejó que saliera el ser mortífero para hacerle recordar a la sociedad lo que sucedería si los eventos no ocurrían como estaban planificados.

El baile comenzó, Loriel era todo nervios. Escuchó el tierno susurro de su

guía. “Solo recuerda lo bien que la pasamos”. La temperatura aumentaba mientras se agarraban la cintura y sus piernas giraban sin equivocarse. Desafiaron la gravedad. Se esparció la magia mientras sentía el cuerpo de Aduri unirse al suyo.

Minutos después los espectadores presenciaron cómo la nata se convertía en varón. Era un proceso irreversible. Los gobernantes, humillados por el suceso, llamaron a Vitu. El mortífero ser los atacó, pero la fuerza del amor disipó el miedo. En ese momento Lorie movió su aleta izquierda y, abrazado a su amor, escapó de aquel mundo injusto.

Después de ser exiliados, se instalaron en una esquina del mar poco conocida, allí gestaron una nueva especie que con el pasar del tiempo, derrocó al imperio de los tiranos.

## La varita de Shalom

La villa se levantó con la nefasta noticia de que habían encontrado convertidos en piedra a varios parroquianos muy queridos. La gente no sabía quién había causado tal fechoría. Debido a ese suceso, horripilante por demás, se estableció un toque de queda en la ciudad, pero los siniestros continuaron.

\*\*\*

En el pueblo había una doncella que no era atractiva. Era de esas que tienen el don de ser invisibles por su falta de gracia, por eso no conseguía consagrarse a ningún hombre. Desde pequeña una maldición la hizo tener una barba profusa. La llamaban Barbona porque la barba le llegaba hasta los pies. Generalmente estaba sola, algo amargada por su mala suerte.

Se entretenía disfrutando de un espectáculo muy particular: observar al hermoso príncipe Fabián, quien era conocido porque vagaba semidesnudo. Un mediodía lo vio bañarse en una de las fuentes laterales de la plaza. Se deleitó al verlo. En varias ocasiones intentó confesarle su amor, pero el hombre estaba enamorado de una mujer que vivía en una ciudad lejana. Él se convirtió en ese inalcanzable príncipe azul con el que todas las mujeres soñaban. No poder tenerle la hacía sentirse como un monstruo.

Buscaba una salida a sus problemas, a ese desdén de vivir sin amor y a la probabilidad de morir sola. Añoraba ser hermosa, tener una familia y vivir el cuento de hadas que su madre le había contado desde niña. Intentó toda clase de brebajes y conjuros para controlar el crecimiento desmedido de su barba, pero fue en vano.

Para aplacar la melancolía que se apoderaba de ella, comenzó a recorrer por los zaguanes de la ciudad. Un día entró por un pasadizo oscuro. Al final descubrió una tienda de antigüedades que nunca había visto. La atendió un anciano cuya actitud oscilaba entre la ternura y la maldad.

—Escoge cualquiera de estos artículos —le dijo el hombre al verla emocionada con la mercancía—. Este estuche mágico te vuelve invisible. El manto de la desolación hace que quien se lo ponga se disuelva en la oscuridad y pase desapercibido —El hombre pausó por un segundo—, ahora bien, entre ellos hay uno que es más poderoso que los demás. Puede concederte cualquier deseo.

Barbona no pudo resistir la intriga y la emoción que le causaba escuchar

más sobre el viejo instrumento. Le preguntó sobre el precio. El anciano de pelo largo, ojos decaídos, risa malévola y piel arrugada, le confesó:

—Antes debo explicarte por qué se le conoce como la Varita de Shalom. Este es un pedazo de cuero que toma forma luego de que le pongas tu sangre y hagas un pacto con él. Ese es su costo: una promesa, solo eso. Necesita un nuevo dueño. Te concederá lo que desees, pero tú serás responsable de las consecuencias. Debes usarla con mesura y no ser víctima de la avaricia.

A Barbona no le importó las advertencias sobre el cuero, quería enamorarse, ser alguien importante y deshacerse de la barba que le estorbaba desde su niñez, y que le crecía con más rapidez si intentaba afeitársela. Se hizo una pequeña incisión en el dedo pulgar y selló con sangre el pacto.

Al salir de la tienda la piel comenzó a brillar. Su luz se esparcía por toda la calle. Se encontraba lista para hacerle el primer pedido, pero no sabía cómo funcionaba, hasta que escuchó una voz:

*Si quieres ver mi poder, debes agitarme en círculos y un deseo se te concederá. Necesitas un alma para hacerme funcionar y quizás la belleza se te otorgará.*

Miró a todos lados. Un hombre iba apresurado para llevarle alimentos a su familia. Barbona agitó la varita y su barba comenzó a empequeñecerse. Al mismo tiempo, el hombre que caminaba hacia su hogar se convirtió en piedra. Esta fue la primera víctima. Ella pensó que la belleza sería otorgada al instante, sin embargo, el instrumento le especificó.

*Tus deseos puedo conceder, pero estoy débil y necesito alimentarme. Si buscas más almas, poderes inimaginables tendrás.*

Por la mañana vio a Fabián pasearse por el pueblo. Este le pasó por el lado y volteó el rostro para no mirarla. El rechazo le dolió, supo que todavía no estaba a la altura de un príncipe. El humillante rechazo le dio una nueva y poderosa razón para seguir su transformación.

Durante la noche se puso una capucha para que nadie la reconociera y así salir a buscar otra alma. Esta vez se encontró a una pareja tomada de la mano. Su instrumento consiguió más fuerza, porque absorbió dos almas. Un transeúnte vio el suceso y corrió por su vida. El sobreviviente se encargó de esparcir la noticia de los asesinatos.

Sin que parecieran verse afectados con lo que ocurría en su reino, los reyes anunciaron que escogerían a la futura esposa de su hijo. Enviaron cartas a otros confines para avisarles a las posibles candidatas. Pero su hijo no quería vivir en la falsedad de la vida de la realeza. A él no le interesaban los

requisitos de la corona. Desde pequeño complació a sus padres, pero su deseo era reinar justamente sin que ellos intervinieran.

En la mañana, Barbona vio su cuerpo más delgado y su piel más suave. La varita se había enrollado. Hasta este momento, ya tenía más de una decena de estatuas de piedra a su haber.

Barbona se enteró del gran evento en el reino. Decidió probar su suerte porque ya casi no le quedaba barba y comenzaba a verse atractiva. Cuando llegó a la convocatoria, había una fila extensa. La varita susurró:

*Si quiere avanzar, pide un deseo y se te concederá. Hay mucha gente y me podrás alimentar.*

Cobijada en una esquina, sintió el poder de la varita sacudir su cuerpo. Una energía inusual la hacía sentirse hambrienta. Ella observaba a las candidatas para ser esposas del príncipe. Al llegar al lado del noble Fabián III, su corazón corría desbocado, pero él no le ofreció un solo gesto. Al rato le tocó su turno. Los gobernantes le preguntaron el porqué debía ser escogida.

—Amo a su hijo desde pequeña; me llamo Sofía. Lo he visto por el pueblo en muchas ocasiones.

—No tienes el porte de una princesa. Próxima...

La mujer fue echada. Se enteró de que escogieron a una mujer delgada, rubia y con ojos azules, tan igual a otras princesas, tan diferente a ella. Un odio creciente apareció ese día e incrementó los poderes de la varita. La mujer juró venganza.

Un mes después se efectuó la boda de su amado. Delante del pueblo, el príncipe Fabián III le juró amor eterno a su esposa. Un furor se apoderó del cuerpo de Barbona al verlos tomados de la mano.

Habían pasado unas semanas, su príncipe se veía contento con su nueva vida. Esa misma noche, Barbona se puso la túnica negra para ir de cacería. A la medianoche usó los poderes de su varita para convertirse en niebla y así poder escurrirse por los alféizares del castillo. Deambuló callada. Al igual que antes, no tuvo compasión con sus víctimas. Sirvientes y guardias cayeron ante su poder. Se dirigió hacia la recámara principal. El rey estaba haciendo suya a la reina. Los miró en las faenas. Agitó la varita. Ellos quedaron paralizados.

Aunque estaba muy satisfecha con el poder que tenía, no había podido superar el rechazo del príncipe. Una noche caminó decidida a eliminar a Fabián y a su esposa. Los encontró en uno de los jardines. Estaba decidida, pero cuando lo vio, su corazón la traicionó, solo mató a la recién desposada,

aunque se encargó de dejar inconsciente a su enamorado.

Por un tiempo la varita le concedió sus anhelos. Usó el instrumento para obtener el amor de él. Se convirtió en una de esas princesas con vestidos vaporosos y ademanes exagerados; de esas cuyo destino es servirle a su príncipe.

\*\*\*

Pasaron varios años, el supuesto "malhechor" desapareció y no se volvió a escuchar de las matanzas. Ahora Barbona se encontraba muy feliz con su nueva familia. Tiempo después, el matrimonio tuvo un hermoso niño. Se parecía a su madre con pelo rojo, tez blanca y una sonrisa espontánea.

Al niño le salió una mancha negra en el pecho. En un principio intentó ignorarla, pero la mancha fue creciendo mientras la salud del pequeño se laceraba.

Había desistido de usar el artefacto que tantas almas había devorado. Su vida transcurría entre las faenas de ser madre a tiempo completo y las actividades reales. No deseaba volver a su vida anterior. Quería ser un ejemplo para encaminar a su retoño hacia el bien. Al dejar de usar la magia, le salieron arrugas, el cabello se le emblanqueció y su cuerpo decayó. La varita le pasó la factura por los actos que había cometido.

Sin embargo, entre la tristeza de verse deteriorada, su secreto le sacudía la conciencia. Se lamentaba porque su hijo se enfermaba cada día más. Le salió un tipo de lepra, aunque muy distinta a la que algunos conocían. Nadie tenía una cura para la extraña complicación. Ella necesitaba buscar una solución.

Al pasar las semanas, el bebé presentaba los estragos de su condición. Sus labios estaban arrugados, tenían ojeras, el cabello se le cayó y una sonrisa apagada anunciaba su muerte. La desconsolada madre escuchó a la varita de Shalom:

*Si a tu hijo quieres salvar, debes alimentarme y verás que sanará.*

Ella sabía que mientras escondiera el artefacto le sobrevendría una maldición. Buscó mil formas para eliminar su problema. Hasta llegó cerca de un volcán para arrojarla. Pero la voz de la diabólica piel la atormentaba. Entonces, buscó al viejo que la había vendido. El lugar tenía un nuevo dueño. Él reconoció lo que ella traía en las manos. Se puso frenético.

—No vuelvas con ese objeto a este lugar. Le pertenece a Maura. Todos los que hacen un pacto con ella mueren, no hay escapatoria.

—Ayúdeme. ¿No hay una forma de deshacerse de ella?

—Debes buscar sangre que sea pura. Los elfos son los únicos que la poseen al nacer. Te advierto que ese objeto no te dejará ir tan fácil. Luchará para hacerte la vida imposible. La última opción es privarte de la vida. Debido al vínculo con ella, para mantenerse necesita de ti.

—¿Debo asesinar a alguien para adquirir sangre? —le preguntó la mujer.

—Sí. La sangre que buscas debe ser de una criatura que posea inocencia. Ahora, vete de mí tienda

No deseaba ver a su criatura sufrir. En la cama estaba su niño enfermo sin haber sido él el responsable del egoísmo de su madre. Esto la hizo sentirse culpable. Su tristeza aumentaba, se preguntaba por qué los hijos tenían que pagar los errores de sus padres. Tenía que buscar una solución. No le importaba si perdía la vida en la empresa.

Durante la noche volvió a ponerse la capucha y se dirigió a Reino Oscuro de los Elfos para asesinar a la reina Graciela. La voz de la varita de Shalom se intensificó.

*Si de mí te quieres deshacer, tendrás que padecer,  
aunque, te advierto que morirás si me intentas asesinar.*

*Y si no decides continuar, a tu vástago perderás.*

Les hizo caso omiso a sus palabras. No perdió ni un minuto más. Se perdería entre la neblina para no ser detectada. Se desplazó por los pasillos. Llegó al cuarto de la víctima. Observó a la mujer junto a su bebé, sintió un escalofrío que la hizo perder el balance. Su varita mágica le dijo que se le iba hacer difícil la asignación.

*Si quieres obtener la sangre que me puede cambiar, tendrás que matar al infante.*

*Su voz desde la tumba te llamará.*

*Y matarás al inocente, sino lo lamentarás.*

*Veremos si ahora podrás manchar tus manos sin sentir culpabilidad.*

Su invisibilidad menguó, la reina enfrentó al intruso. En su conciencia la mujer pensaba en adquirir la cura para su niño sin importar el precio. La lucha fue cruenta. Más tarde la asesina miraba los ojos azules del bebé, tocaba la tez suave y su pelo gris. Lo acarició, eso le hizo recordar cuando agarró por primera vez a su pequeño. Volvió su mirada hacia la criatura que tenía orejas puntiagudas. Vio el brillo de sus ojos, develaban un alma pura. *Debes adquirir la sangre del inocente.* Sacó un cuchillo, pero no pudo consumir el acto.

—Si no dejas a mi hijo libre, tendré que terminar con nuestras vidas. Estoy segura de que, si muero, dejarás de existir.

*Eres cobarde, pues no te atreverás a dejar a tu niño.*

*Y si me equivoco, entonces me matarás, pero tú arderás.*

*Poseo poderes infinitos y te quemaré sin cavilar.*

*Azufre serás y me reiré porque no nos podemos separar.*

A las doce de la medianoche, llegó a su hogar y le dio un beso a su hijo en la frente. Al verlo tendido en la cama, le enfureció su sufrimiento. En ese momento tomó una decisión. Redactó una carta de despedida. La varita de Shalom se asustó al ver la seriedad con la que su dueña miraba el arma filosa que tenía en sus manos.

*El amor nos puede unir y si desistes de matarme, a un acuerdo podemos llegar.*

—¡Lo lamento, eres la varita del mal con quien no se puede jugar! No me pidas que escoja poseer los mejores poderes del inframundo ni las riquezas del universo. No hay poderes mágicos que replacen el amor que siento por mi niño.

Pocos minutos después, la varita hizo su último intento de persuasión.

*Puedo sanar a tu hijo, darte inmortalidad, si así lo deseas. Cualquier poder será tuyo. También podemos buscar a otro dueño y te dejaré en paz.*

La mujer soltó unas carcajadas de victoria... Sin titubear, se apuñaló en el estómago.

—Cuando se hace un pacto, se termina como se debe. Mi muerte es tu fin.

La mujer dejó de respirar y en ese instante la varita se encendió, quedó convertida en cenizas. Mientras en la cuna, el niño, ahora sano, sonreía ajeno a la tragedia que ocurría en el cuarto.



# Ciudad defectuosa

Despertó con los labios cuarteados y secos. Varios pedazos de piel cayeron al suelo. Concluyó que necesitaba cambiar sus labios. Los reemplazos se vendían en las estaciones establecidas por el gobierno. En las vitrinas, los ciudadanos podían escogerlos, pero por una suma de dinero exorbitante.

Roy trabajaba en su despacho, estaba contento porque al fin tendría ese par de labios nuevos. Hacía cerca de una década que el gobierno implementó una ley que exigía que los ciudadanos se hicieran un implante cada tres meses. Nadie debía esperar a que la pudrición se esparciera, porque enfrentaría graves consecuencias.

Desde hacía varios meses, Roy había ahorrado dinero para cumplir con la ordenanza. Era un ciudadano ejemplar que cumplía con sus impuestos, iba a la misa todos los domingos y nunca se pronunció en contra del gobierno. Decidió recostarse un rato más.

A las diez de la mañana se levantó preocupado. Se puso nervioso porque sabía que vendrían por él. Se había equivocado, y había perdido la cita. Agarró el teléfono, marcó desesperadamente, aunque recordó que no se podía posponer los trasplantes. El nerviosismo nubló su conciencia y sus manos sudorosas no lo dejaron arreglarse. Antes de salir hacia a la calle, buscó maquillaje y disimuló como pudo, su evidente problema.

Al bajar las escaleras de su residencia, el hombre pensaba en las leyes de las que nadie estaba exento. Dejar podrir sus labios era una falta imperdonable y sería castigado. Había escuchado que, en los suburbios de la frontera, había un doctor que hacía implantes clandestinos.

Minutos más tarde un carro volador se estacionó. Roy se ocultó porque pensaba que venían por él. Escuchó:

—Tenemos un código rojo, encontramos a un hombre defectuoso. Repito, tenemos un código rojo. Colóquense los trajes, vamos a desinfectar el área.

De inmediato se formó una persecución. Apresaron a un desconocido, quien trataba de huir por otras razones. Unos soldados lo alcanzaron. Sacaron un artefacto. Era una aspiradora con mango negro. La llamaban el removedor. Esta removía la pudrición labial. La usaron con el hombre, quien lanzó escalofriantes gritos de dolor. Le pusieron una X sellando su boca. Con las debidas precauciones, lo montaron a la fuerza. Sería incinerado por quebrantar

las leyes.

Ojeó el holograma en el que aparecían los que habían violado las leyes, su nombre no estaba. Roy se puso la capucha y disimuló lo mejor que pudo. Aligeró los pasos para llegar a su destino. Durante el trayecto miraba los establecimientos que vendían reemplazos para cualquier parte del cuerpo. Había tiendas con caderas voluptuosas, senos exuberantes y maquillaje rejuvenecedor. Para los hombres había pectorales robustos, narices perfiladas y pelucas que parecían naturales.

Durante su apresurada travesía pensó en cómo había empezado a cambiar la sociedad en el 4020, cuando se desplomaron todos los sistemas económicos mundiales. Se unieron la iglesia, los acaudalados y el estado para restablecer el orden. Los senadores votaron de forma unánime para que el doctor Esfinge creara un virus que silenciara a los seres humanos y al mismo tiempo, se volvieran dóciles. De esta forma se intentaba aplacar el espíritu de anarquía que predominaba en la sociedad. Pero el virus mutó hasta hospedarse exclusivamente en los labios. Los labios comenzaban un proceso de deterioro que de cierta forma era un símbolo de que sus palabras jamás debían irse en contra de los dictadores.

Años más tarde se convirtió en un negocio vender tejidos labiales. Después llegaron otros inventos que solo intentaban distraer la mente de la gente. Lucir bien se convirtió en una obsesión que le costaba gran parte del presupuesto a la humanidad. Se volvió normal sustituir, incluso, partes del cuerpo que no tenían ningún problema, por prótesis con funciones aumentadas. Con las piernas se podía brincar varios metros y con los brazos se obtenía una fuerza inusual. El gobierno impuso impuestos altos a la venta de estos aditamentos. De inmediato se percató de que era una forma de generar dinero para sus arcas. Auspició unas compañías sobre otras para que las mismas aportaran grandes sumas a las fatulas campañas electorales.

En ese momento comenzaron a manufacturarse reemplazos de corta duración, a un precio un poco más bajo. La promoción fue arrolladora. Algunos no aceptaron la nueva ley porque sabían que afectaría a los pobres. El senado aprobó la Ley de Desechos para apresar a quienes no querían seguir lo establecido. Por varios días se formaron manifestaciones en contra del estado. Fueron cruentos los enfrentamientos. Al final hicieron que los manifestantes abdicaran la lucha.

Cansado de caminar, de analizar al mundo, y todavía algo desorientado, Roy entró a un consultorio y preguntó si el doctor Esfinge podía atenderlo. La

secretaria lo miró extrañada. Los pacientes que esperaban en la sala se taparon la nariz porque Roy expelía olor a podrido. Notaron que el maquillaje desproporcionado que llevaba y murmuraron. La secretaria se tapó la boca y le dijo que no con la mano. Roy insistió en preguntar si alguien sabía algo del proscrito doctor. Un empleado le dijo:

—¿El doctor Esfinge? Dicen que se esconde del gobierno y que vive más allá de la frontera.

—¿Qué hay en la frontera? —le pregunto Roy.

—Una ciudad en la que viven los desechados.

La noticia le causó sobresalto. Roy se lamentaba por lo que sucedía. Pero necesitaba unos labios que lo hicieran ser aceptado en la sociedad y así evitar ser detenido. Vio que se acercaba una escuadra de policías. Se escondió por unos minutos. Ahora solo pensaba en llegar hasta la Ciudad Defectuosa.

Posiblemente por la agitación y el sobresalto, los labios comenzaron a pasar por un proceso acelerado de deterioro. Para su mala suerte cayó un gran aguacero y el maquillaje se le corrió. Paró un taxi y conversó con el chofer. Al verlo por el cristal retrovisor, este le dijo:

—Definitivamente eres uno de esos ciudadanos dañados. Te puedo llevar a la Ciudad Defectuosa. Pero te costará.

Roy verificó su cartera y le ofreció todo lo que tenía al chofer. Él aceptó con desgano, y de inmediato iniciaron el viaje. Debían pasar a través de una frontera electrónica. El conductor le advirtió que, al traspasar la línea hacia el otro lado, sentiría una poderosa fuerza magnética. Roy le preguntó las consecuencias que tendría. El hombre le dijo que el gobierno mantenía la frontera clausurada y él debía romper unos códigos para poder ir a la ciudad prohibida.

Después de pasar una serie de puntos de cotejo, llegaron a su paradero, que no fue como se lo había imaginado. El chofer lo dejó en la entrada de una calle concurrida. En esta había un individuo que se desplazaba en un sillón de ruedas. Su torso tenía partes metálicas. Prosiguió por la acera y se entristeció al ver a un niño con prótesis de tubos de bicicleta en las piernas. Este se movía con un propulsor en su costado. Una mujer usaba cámaras con control remoto para poder ver, ya que había quedado ciega. Divisó a unos individuos mitad hombre y mitad mujer, ellos le sonrieron. Por otro lado, dos mujeres caminaban tomadas de la mano, tenían los rostros reconstruidos. Se acercó y les preguntó por el doctor Esfinge.

—Vas directo por esa calle, doblas a la izquierda en la casa amarilla y

encontrarás el consultorio detrás de unos manzanos

Llegó sin problemas. Tocó el timbre de la oficina más de tres veces, hasta que una recepcionista abrió la puerta.

—¿En qué lo puedo ayudar?

—Busco al doctor Esfinge. Necesito una intervención labial lo más urgente posible.

El doctor apareció sin avisar.

—Veo que deseas operarte. Debo preguntarte, ¿cuál es la razón para querer unos labios carnosos?

—¿No ve el deterioro de mis labios?!

—Bueno, quiero ser franco contigo. ¿Quieres unos labios que se dañan luego de tres meses? Los labios que se mercadean se convierten en un tipo de adicción, ya que tienes que sustituirlos constantemente.

—¿No sé a qué te refieres? —dijo Roy molesto.

—Tú compras labios por tu silencio. Ellos escogen. ¡Evalúa quiénes están más defectuosos! Las personas que he salvado no están corrompidas, más bien son felices como están. He vivido aquí por mucho tiempo y estoy arrepentido de mis faltas. Esas personas que vistes fueron desechadas. Muchos lo fueron por sus ideales, otras por su apariencia o preferencia sexual.

—¿No, deseo tener la vida que tenía años atrás, aunque esto conlleve comprar labios nuevos cada tres meses! —pronunció Roy con melancolía.

—Con tu obsesión con ser igual a los demás, actúas como si los derechos fueran un problema que puede ser removido por los caprichos de los imperios. Mírate, te pudres cada vez más.

Roy bajó la cabeza. Asintió con vergüenza y se dejó guiar hasta llegar al quirófano con el doctor, quien le enseñó su nuevo descubrimiento. Le dijo que había elaborado una solución con la esperanza de restablecer los tejidos de la gente. Buscó convencerlo de que debía usarla ya que sería el primer ser humano en hacerlo.

—Imagínate ser esclavo de decisiones injustas, leyes arbitrarias y poderes absolutos, que no van a la par con los valores inmutables. Se lucran de ti —el doctor esperó una contestación.

—Acepto.

Le dijo:

—Depende de ti arreglar los errores del pasado. Quizás algunos dirán que esparces un virus, pero la realidad será que sentirás la libertad cuando puedas volver a besar.

La cirugía duró poco. De Roy no se supo nada, solo que se fue por el mundo a vivir por primera vez.

## La cruz de Taurus

Hacía varios días que la densa neblina se había esparcido por los alrededores. Parecía el producto de la decadencia provocada por la Organización, que a su vez era la causante de la inestabilidad en sus dominios.

A escondidas, los miembros que controlaban el mundo mágico se reunieron en el templo secreto. Se sentaron en un círculo. Buscaban eliminar su vieja invención: la magia de todos los días, la que se mantenía en unos cristales rojos. Esta hacía que la gente ostentara poderes limitados. Solo se les permitían vivir bajo el yugo de los designios de los poderosos.

Los miembros de la Organización, durante sus largas conversaciones, concluyeron que su concepto ya no era lucrativo. Que la magia, tal como la masa del pueblo la percibía, no producía los dividendos que ellos necesitaban. Desde su última reunión, el grupo deseaba unificar todas las regiones de Anandell para crear un nuevo orden mundial. Los cristales que contenían la magia tenían que ser destruidos, aunque esto conllevara, en una etapa inicial, el temido caos.

Tarde en la noche los miembros de la Organización se reunieron en secreto. Eran ellos quienes manejaban cada decisión del gobierno. De forma anónima manipulaban a su antojo la sociedad, haciéndoles creer que la magia era inagotable, cuando en realidad podía ser eliminada.

\*\*\*

En un lugar apartado de la ciudad principal, Tauro no podía concebir el sueño. Dio varias vueltas en la cama. Quería quedarse dormido para olvidar los sucesos que ocurrían en la región. No tuvo éxito. Estuvo despierto por largo rato, luego comenzó a dibujar unos planos, solo eso le ayudó a dormirse.

Al día siguiente, a Taurus le llegó una citación de un dignatario. Debía asistir a una reunión, porque le iban a hacer un ofrecimiento especial. La invitación lo hizo cavilar y pensar en los propósitos de ellos. Pero la curiosidad de un negocio lucrativo lo hizo llegar hasta la oficina escondida en la que se efectuaría el encuentro.

Al llegar vio al dirigente sonreír con malicia. Un sirviente le arreglaba su atuendo, le ponía su cabellera postiza, le cortaba el bigote, le pintaba las uñas, le ponía perfume, pintaba sus labios y le colocaba maquillaje para ocultar sus imperfecciones. Luego del ritual de belleza, le explicó:

—Presumo que te mata la curiosidad de saber por qué te hemos citado — hizo una pausa para mirarse en un espejo—. En cada era se crea una falacia, una mentira, un engaño que genera riquezas.

—¿No entiendo? —respondió Taurus.

—La magia, tal como la conocemos, ya no nos beneficia. Es poco conocido que mantener los cristales rojos que distribuyen la magia se ha vuelto costoso.

Taurus se quedó perplejo ante la información. Para él la magia era esa fuente eterna de posibilidades y alternativas. Por lo que había entendido, se estaba proponiendo acabar con la misma. Tenía muchas preguntas, pero en sus adentros algo le decía que le convenía quedarse y averiguar bien sobre el negocio. Estaba cansado de trabajar sin descanso, de no lograr subir de estrato social.

Minutos más tarde, un hombre que caminaba como un animal que recién sale del cautiverio llevó a Taurus a una bóveda donde estaban el resto de los confabuladores. Era un salón lúgubre. Escuchó cómo querían derrocar las leyes establecidas por el gobierno. A su alrededor había sillas de oro y una colección de cuadros de magos sobresalientes. El joven elfo encontró una exhibición de artefactos que habían cambiado al mundo. Observó uno de los mantos de la muerte, que con su rojo intenso, era imposible de no mirar. Continuó su recorrido, vio un arco gris que podía detener el tiempo. Al otro extremo de la pared, estaba colgado el lápiz que podía modificar las memorias de los insurgentes. Si alguien se rebelaba en contra de un régimen, un inquisidor lo entrevistaba y fingiendo que tomaba notas, reestructuraba el pensamiento del detenido para que tuviera una actitud dócil. Todos los inventos se exhibían como viejas reliquias que evidenciaban períodos de dominio. El hombre le mostraba al fauno las piezas, mientras le explicaba detalles importantes de cada una. Reanudaron su trayecto para atravesar una recámara y llegar a la oficina principal.

Poco después se encontró de frente con el escritorio del encargado. Este le indicó que le interesaba contratarlo para que confeccionara un invento con el que se pudiera destruir algo muy poderoso. Se quedó perplejo, pensó que no sabía qué debía destruir. Ante la insistencia de su entrevistador, y después de cavilar porque no le habían dado suficientes detalles de lo que tenía que hacer, el inventor aceptó trabajar para ellos. Fue entonces cuando le explicaron cuál sería su misión. Debía crear un arma que eliminara los tres cristales y con ellos la magia. El artefacto absorbería la magia y crearía una inestabilidad para luego hacerles creer a los ciudadanos que ante el problema tendrían que

comprar un elemento parecido, pero a un precio exorbitante. Promocionarían que sus vidas estarían más seguras. Una vez terminara el prototipo de destrucción, tenía que llevarlo al comité de inspecciones para ser aprobado.

—Quiero inventar algo que me dé renombre —dijo Taurus

—Esta es tu oportunidad —le contestó el guardia que lo escoltaba.

Antes de traspasar la puerta de salida, vio el organigrama y el árbol genealógico de los magos inventores. Se asombró al percatarse de que el nombre de su abuelo era el último. En ese momento descubrió que venía de una estirpe que se encargaba de que la sociedad sucumbiera a merced de lo sobrenatural. Contrario a lo imaginado, el hallazgo no le causó ningún sentimiento negativo, por el contrario, le activó la sed de poder y de dominio.

En la noche Tauro abrió el libro de hechizos para el control de masas. El primer capítulo llamó su atención: “Ante el arte de la manipulación, el mundo doblegará sus rodillas”. Mientras más leía, más sucumbía al sobresalto. Encontró unas fechas y eventos marcados. Era una secuencia de consejos en los que se utilizaban ejemplos de cómo adquirir el control absoluto de las conciencias. Fue a la siguiente página: “La madre de toda la verdad es la mentira. Si sabes vender una mentira, dominarás cualquier civilización”. Su mente se llenó de posibilidades, de planes e inventos, pero también de un descontrolado furor. Decidió comenzar con su trabajo.

Agarró sus instrumentos para empezar a crear su invento, pero no pudo. Las citas que había leído se agolpaban en su mente y hacían que su corazón latiera con rapidez. Retomó la lectura del libro. Al abrirlo se percató de que en unas páginas había unas porciones subrayadas. “La inocencia es el terreno más fértil para sembrar un maleficio. Si a los seres humanos se le siembra una aseveración desde sus años primarios hasta los catorce, esta se convertirá en una verdad inmutable”. Pensó en cómo la gente creyó por siglos que la tierra era redonda, que las sanguijuelas sanaban y que el pecado causaba las enfermedades. La próxima cita establecía que el miedo lograba modificar conductas. Por último, la que le pareció la más importante: “Después que convezas al primero, los demás caerán”.

Al culminar con la lectura sintió un escalofrío. Su consciencia se abrió. Unos pensamientos aplacaron cualquier resquicio de escrúpulos. Se dijo que no destruiría los cristales. Quería usarlos para su beneficio. En ese instante le llegó una idea fascinante: ampliaría el poder de los cristales para dominar al mundo.

Confeccionó dos cruces para su trabajo, la primera estaba elaborada con



una aleación de metales nunca hecha, le pondría unos cristales nuevos, y les diría a sus empleadores que la cruz inactivaría los cristales viejos y que sus problemas estarían resueltos.

Luego terminó la segunda cruz. Esta fue confeccionada con los poderosos cristales antiguos, pero con un metal extraño que transferiría todo el poder a su cuerpo. Tenía piedras cristalizadas a los lados y un asa para agarrarla. Pensó que se convertiría en su mejor arma. Al encenderla por unos instantes, sintió una fuerte energía en su cuerpo.

Llegó el día en el que tenía que entregar el pedido trucado a sus empleadores.

Llegó tarde a la cita. Estaba nervioso porque no quería que lo descubrieran.

El artefacto debía ser aprobado por el grupo elite. El elfo les dijo que acercaran la cruz a los cristales y la sujetaran fuertemente. Quedaron impresionados al ver cómo la cruz absorbía la magia. Entonces decidieron aprobar el instrumento. Más tarde, discutieron cuándo sería el momento preciso para eliminar el viejo régimen e introducir el nuevo sistema económico.

De pronto irrumpió en la reunión un hombre alto con barba y guantes blancos. Este hizo varias preguntas, su actitud preocupó a Tauro. Este hombre era un dignatario importante. De inmediato increpó a los miembros restantes sobre la contratación del elfo.

—¿Quién es este imbécil? —dijo refiriéndose a Taurus.

—Es Tauro Fanbert, señor presidente.

Las palabras hicieron que la cara del líder cambiara por unos instantes. De repente dio un golpe fuerte sobre la mesa. Había trabajado con el abuelo del joven, quien había puesto en peligro a la Organización, ya que había realizado un invento sin autorización. Se dirigió a Taurus con enfado:

—Eres el nieto de ese loco inventor que por poco lleva al fracaso a nuestra organización —dijo y luego ordenó que mataran al malhechor.

Taurus no pudo escapar. Lo llevaron a la parte más alta del castillo y lo arrojaron al vacío. Al caer su cuerpo dio contra las rocas y murió al instante. Sin embargo, Tauro llevaba la segunda cruz en una bolsa. Las olas cubrieron el cuerpo y a la cruz. De pronto la sal, las rocas y la sangre se combinaron para regresar a Taurus de vida.

Se incorporó, caminó sobre el mar y se escondió para preparar su venganza.

Discretamente regresó a su taller. Cuando arregló la segunda cruz, sucedió algo inesperado. Nació otra cruz. Esta era radiante, de cristal transparente y

con tres piedras a cada lado. La llamó la cruz de Horus. De ella emanaba una luz que permitían que sus poderes aumentaran.

Tauro no sabía usar bien su invento, por eso, se dirigió a un valle lejano. Allí practicaría en un pequeño pueblo. Durante esa estadía, aprendió a dominar la cruz. Sus hallazgos le permitieron analizar las distintas formas del convencimiento.

Sus poderes cambiaron aún más su forma de ser. Usaba un atuendo nuevo, se puso un gorro puntiagudo, se dejó crecer la barba y vistió una túnica blanca que le llegaba hasta los pies. Llegó hasta una plaza concurrida y sacó la Cruz de Horus. Ese día convenció a muchos de que tenían un dogma distinto.

La popularidad del Mago Profeta, como le comenzaron a llamar, aumentó por todas las regiones. El elfo preparó a sus discípulos para que adquirieran lo que les habían quitado. Les enseñó cómo defenderse de la tiranía. Formó un ejército para atacar a la organización. Elaboró armaduras metálicas con poderes mágicos.

La Organización estaba reunida en su cede, buscaban una alternativa para solucionar el problema de la sublevación. Su presidente se encontraba frustrado por los constantes ataques.

—Debemos eliminar a ese profeta que la gente tanto ama.

El estado aprobó una guerra para erradicar al profeta. Pero el poder de Tauro crecía cada vez más. Sus seguidores también desarrollaron poderes. El enfrentamiento era inminente.

Se citaron en una ladera para comenzar la batalla. El ejército de la Organización tenía su armamento en el que sobresalía una de las cruces. Por su lado Taurus levantaba la que había creado. La lucha comenzó. Durante horas de una batalla sanguiñaria, ninguno de los bandos predominaba. Ante el empate, Taurus levantó la cruz y corrió hacia el líder de la Organización, este corrió hacia su encuentro levantando la otra cruz.

Chocaron. Ambas cruces resonaron y hubo una gran explosión. El profeta desapareció.

Al otro día la gente del pueblo se levantó más tarde de lo usual. Un sueño intenso los mantuvo en sus lechos. Cuando por fin despertaron, sintieron un cosquilleo intenso en la penumbra de los cuartos. Vieron cómo de las palmas de sus manos salían rayos de la más pura de las magias. Ese fue el amanecer de un nuevo mundo.

*Todos tenemos un duende que nos dice qué hacer.*

## **El duende Solitario**

### **Isdneí**

Hace unos días acepté una oferta de trabajo en un maravilloso lugar. Pensé que al fin tendría un empleo digno. Dejaría a mi familia para irme a experimentar a una ciudad en el sur de Estados Unidos. Para mí sería devastador, porque dejaría a mis afectos. De solo pensar en que debía despedirme de mis niñas y de mi mujer, una tristeza aguda me arropaba. Recuerdo sus miradas, esas que no olvidas al mirar hacia atrás cuando entras a la zona de chequeo. Quería pensar que, con la partida, tendría la posibilidad de poder ofrecerles un mejor futuro, ya que el actual se veía nefasto.

Durante las horas laborables de mi trabajo anterior, las quejas al sistema no faltaban. Lo criticábamos todo. En nuestras conversaciones, muchos compañeros se desahogaban de los martirios ocasionados por las pésimas condiciones en las que se desempeñaba el magisterio. Una tarde le dije a un compañero:

—Me voy para Isdneí, donde la magia me hará olvidar este comején llamado Isla del Encanto. Allí hay magia, hadas, princesas y cuentos maravillosos que serán mi escapatoria del patetismo de este lugar.

—Te envidio. ¿Cuándo te vas?

—Me voy mañana y no extrañaré esta porquería. Es increíble que al magisterio se le paga 20,000 dólares al año, eso es una miseria de sueldo. En Isdneí ganaré 51,000, eso es el doble.

—¡Estarás muy bien!

Traté de convencerme hablándole con la seguridad que no tenía y de la que ahora alardeaba. Padecía del síndrome que le da a la gente cuando está molesta por no haber logrado sus objetivos de vida. Amaba mi pequeño rincón, nunca dejaría de querer a mi país ni olvidarme de mis costumbres. Extrañaría ese constante ambiente de fiesta que permea en la brisa de mi

terruño. No quería enfrentar el miedo que tenía al irme, podía fantasear sobre cómo sería mi viaje, pero experimentar en suelo norteamericano eran otros veinte.

Algunos intentaron disuadirme. Me dijeron que la razón por la que la emigración había aumentado tanto era que la prensa amarillista lo distorsionaba todo. Alegaban que muchos se habían ido y solo habían conseguido constantes rechazos y humillaciones. Roberto, mi amigo, nos dijo que mientras tuviera techo y comida apostarían a la Isla. Pero fue más grande mi frustración después del huracán que tanto daño nos hizo. Entonces me invadió un sentimiento de miedo, sí, un terror como si fuera el fin del mundo. Pensé que debía actuar e intentarlo, porque no me sentía bien en lo profesional. Sabía lo que esto conllevaba, conocía la pena que le causaría a mi mujer y a mis niñas, pero no quería que ellas tuvieran que enfrentar el proceso anidaje de los primeros meses. Me horrorizaba pensar que no les gustara el clima, o el pequeño apartamento. El dolor fue peor cuando, a los dos meses, mi esposa rechazó la oportunidad de irse conmigo. Pensé que nuestra relación era más fuerte y juré que la convencería de aventurarse “a un bienestar mejor”, pero no fue así.

Durante los días siguientes, tuve desacuerdos con la mujer que amaba. Le decía que un buen matrimonio tomaba decisiones sabias y que debía estar en un mismo lugar. Sentí una fuerte conmoción al escuchar las palabras hirientes de mi esposa. Ella alegó que no necesitaba irse porque la vida norteamericana no le atraía en lo más mínimo. Le advertí que nuestra relación se podría venir abajo. Su cara de indiferencia fue como una moneda fría sobre una frente con fiebre.

Llegó la tarde de un día brumoso, uno de esos días que parecían estar creados para la tristeza. Preparaba la maleta para irme al mundo de la fantasía. Mi meta era trabajar en otra nación para olvidar la crisis económica en mi país. En el aeropuerto, le comenté a los que estaban en la fila sobre mis disgustos con los políticos, quienes destrozaban la Isla creando leyes sin sentido y robando dinero. Deseaba obviar la verdadera realidad.

Al despedirme de mi esposa e hijas, sentí un dolor inmenso. Puerto Rico era ese pequeño punto que de pronto se convertía en un enorme planeta sobre mi pecho. La incertidumbre casi me hizo deponer de mis planes cuando me percaté de que el aeropuerto parecía un gran refugio en el que ancianos en sillas de ruedas, familias enteras y matrimonios divididos, se despedían de su patria. Noté que a muchos les cambiaba la mirada: parecían muertos vivientes,

sabía que yo era uno de ellos también. No quise mirar por la ventanilla del avión, quería evitar pensar en lo que dejaba, pero en realidad sentía vergüenza conmigo mismo por huir. Mi esposa me decía que podíamos sobrevivir sin tener que tomar esa opción. Antes de que el piloto comenzara a mover el avión, sentí un remordimiento.

Había hecho lo que consideraba una migración inteligente. Tenía trabajo y, para no faltar ni llegar tarde, había rentado un apartamento cerca del mismo. Tenía una vista espectacular. Durante la noche, antes de acostarme, las luces de los rascacielos me hacían recordar a mis hijas. De repente las sonrisas de las niñas inundaban mi mente, también escuchaba las ocurrencias de mi esposa. El silencio en el apartamento asechaba como un fantasma listo para devorarme.

Los primeros días fui en bicicleta al parque de diversiones que sería el escenario de mi trabajo. Recorrí las veredas con cuidado porque no conocía la zona. Conocí al propietario del parque principal, se llamaba Devuan. Tuve que visitar varias veces su oficina porque era exigente y le gustaba que se hiciera el trabajo de forma impecable.

Por los días siguientes, recibí mi entrenamiento. También conocí a su esposa. Se llamaba Débora. Él la maltrataba en público. En una ocasión presencié cómo le tiró su plato de comida al suelo. Sin que le preocupara que había presenciado la terrible escena, me gritó porque una máquina se había descompuesto y debía arreglarla lo antes posible.

Me molestó la forma en la que me dirigió la palabra y, claro, como había tratado a su mujer. Una voz me decía: “Eso te pasa porque te fuiste a experimentar al suelo norteamericano. En estos momentos estarías con tu familia debajo del sol cálido caribeño. Escucharías las risas de tus pequeñas, quienes te despertarían por la mañana. Estabas bien donde estabas, pero tu egoísmo y ambición te llevaron a experimentar esto”. Después de un rato, logré calmar mi interior.

Se había estancado un objeto en una de las atracciones. Estuve varias horas intentando sacarla. Al fin lo logré. Era una bola de cristal pequeña. Tenía el diseño del parque de Isdneí. Nadie supo cómo llegó allí. Quizás un niño la había tirado. Me llamó la atención porque al agitarla, caían copos de nieve. Nunca había visto la nieve. En ese momento sentí una estática recorrer por mis dedos. La guardé en la mochila de las herramientas.

Unas horas más tarde, Devuan quiso hablar conmigo. En ese instante su esposa entró y vi volar sobre su hombro, lo que me pareció era un hada

madrina de esas que se veían en los libros del parque. Pensé que era imposible. Estrujé mis ojos, entonces fue peor porque el propietario se convirtió en un príncipe con ropas oscuras y bigote largo. En el suelo de la oficina apareció charcos de agua. A lo lejos vi a una mujer expuesta a trabajos fuertes. Cargaba agua en unos cántaros. Sus movimientos eran torpes. Las ánforas eran muy pesadas. Tenía las plantas de los pies laceradas. No podía caminar bien. Una voz decía: “Escúchanos un ratito. Necesitas ser libre”.

Descubrí que al agitar la bola de cristal se recreaba la escena de un cuento. Se parecían a las historietas que les hacía a mis pequeñas. Una chispa mágica les dio forma a los sucesos. Lloré al presenciar la narración de una princesa llamada Adel junto al príncipe Devuan. Sus vidas eran similares a las de mi jefe y su mujer.

Desperté en la oficina, mi jefe hablaba de su esposa. Débora entró a la habitación. Estaba cansada del maltrato y sostenía un hacha. Escuché su voz: “Pagarás por las mujeres que has maltratado”. Al verla, él se acobardó. Ella se acercó intimidante, segura de sí misma, levantó el hacha y... Cerré los ojos...

Al abrirlos, Débora se convirtió en una señora bien vestida, feliz, con una mirada de triunfo porque se había liberado. No sabía si me había vuelto loco. Pensé en visitar un hospital, no lo hice porque todos le tenemos miedo a volvernos locos. No quería que me dijeran que necesitaba medicamentos ni nada por el estilo.

Regresé al apartamento, la cercanía con la bola de cristal producía una pequeña estática en mí. Estaba cansado y decidí irme a dormir, pero la voz dentro de mí se intensificó sin permitirme conciliar el sueño. De la nada apareció un duende con un atuendo fino. Quizás soñaba despierto, pensé. Tenía un lápiz. Era un ser con orejas puntiagudas, nariz larga y se parecía a mí. Sacó una libreta para leer sus apuntes como quien lee una lista de deberes: “Eres olvidadizo. Llevas una semana que no llamas a tus familiares. No has pensado en tus hijas. Eres esclavo del sueño americano. Agarra el teléfono y conéctate. Dijiste que te mantendrías en comunicación con ellas. Mira este cofre, se develará el verdadero contenido del cofre cuando te liberes”. No quería escuchar sus reproches. Le grité al intruso: “Déjame en paz, que quiero dormir”. Abrió el cofre para que de él saliera un rayo que proyectaba lo que hacían mis familiares. No quería sentirme culpable y cerré los ojos para hacer que desapareciera. Pero su letanía continuaba y eso me ponía triste.

Amaneció. No sé si estaba fantaseando o si desperté en una dimensión

desconocida. A lo lejos apareció una mujer. Se acercó a mí y me dijo su nombre: Ruspel. De inmediato, como si me conociera, comenzó a hablarme acerca de un José Antonio, quien trabajaba en las máquinas del parque. Sus palabras recrearon su historia triste. Por suerte se fue. Casi estaba decidido a buscar ayuda. Me escondí entre unos arbustos, pero entonces apareció un hombre con una camiseta que decía: “Soy el doctor Ontropodous”. Era un deambulante a quien le gustaba merodear por los alrededores. Lo habían echado a patadas en varias ocasiones porque los propietarios estaban preocupados por su apariencia y no deseaban que la gente lo viera pidiendo limosnas en las atracciones. Se acercó sigiloso y me dijo:

—Walter no quiere liberarnos.

—¿A qué te refieres?

—Se encuentra encerrado en aquel castillo. Somos parte de la historia. Recuerda, tú tienes el poder.

No podía analizar sus palabras, mucho menos entenderlas. El hombre se había desaparecido cuando le iba a pedir que me aclarara este entuerto en el que me estaba sumergiendo. Caminé en busca de aire. Llegué donde estaba una chica llamada Ruspel. Tenía acné y varias libras de más. Los compañeros se burlaban de su desdicha. Dijo: “A la gente no le gustan las mujeres gordas. La gente se obsesiona con la belleza superficial que es hueca y no llena el espíritu”.

Deseaba descifrar el porqué estaba en este lugar. Sentí que conocía a quien, en 1923, había fundado el parque. Sabía que había muerto. Había escuchado que tenía cáncer. Desde su muerte, el parque comenzó a cambiar de una forma extraña. Cuando miré a la montaña que quedaba al norte, por alguna razón, supe que era el lugar donde Walter se encontraba. Quizás fue una premonición o algo así, pero lo supe.

Un miedo sacudió mi corazón y quise olvidar la realidad. Vi como el doctor Ontropodous apareció de la nada y comenzó a hablarle fuerte a Ruspel, quien también había aparecido de la nada. Le reclamaba que le pertenecía. En ese momento de inexactitudes y aberraciones de la lógica, se me ocurrió que, si agitaba la esfera de cristal, las situaciones mejorarían, quizás eso me haría despertar de la confusa y surrealista pesadilla que estaba viviendo, quizás. Cerré los ojos. Al abrirlos, para mi preocupación y desasosiego, me encontré en otra escena.

Me acerqué a una mujer que lloraba porque no hallaba a su hijo. Decía que estaba arrepentida por haberle vendido su primogénito al doctor Ontropodous,

quien le había prometido que, a cambio, nunca envejecería, pero al descubrir que la había engañado, se arrepintió del contrato hecho. Caminamos por el pueblo y cuando miré, la madre desconsolada ya no estaba a mi lado. Apareció un niño corriendo asustado. Era un niño de diez años con camiseta azul, pantalones negros, zapatos oscuros y cara regordeta. Tenía algo de mi niña menor en la mirada.

Le grité:

—¡Niño, no corras, detente!

—Si paro, él me castigará. Estoy en una zona oscura aislada del ojo humano. No dejes que Walter se entere de que nos quieres ayudar. Busca al deambulante, él esconde la realidad. Ante mis ojos, el niño se desvaneció.

Una mujer tropezó conmigo y fue entonces que me percaté de que estaba de nuevo en el parque que era mi lugar de trabajo. Se escuchó un anuncio por los altoparlantes:

—Se ha activado el código Adam, empleados, tomen las medidas necesarias.

En el adiestramiento aprendí que ese código se activaba cuando había una posibilidad de que secuestraran a un niño en los predios. Me puse en guardia, se debía sospechar de todos. Divisé a un hombre encapuchado que parecía que estaba presto para llevarse a algún niño indefenso. Me paralicé. En ese momento no se me ocurrió otra cosa que buscar la esfera en mi bolso y agitarla con fuerza mientras cerraba los ojos. Todo cambió, vi a un hombre que tenía una capa negra y roja. Poseía una varita para encantar a sus víctimas. ¡Era el doctor Ontropodous! Le gustaba simular que era un vagabundo con barba, ropa apestosa, y muchas manchas en la piel. Burlaba la seguridad, una vez adentro, podía transformarse en cualquier persona. De esa forma secuestraba a jóvenes y a niños vulnerables.

Necesitaba urgentemente ayudar al niño. Sacarlo de las garras del doctor. Aquel niño me recordaba tanto a mis hijas. No podía dejar que las cosas se quedaran así, no podía sentarme a no hacer nada. Quise que todos los personajes sacados de la fantasía de mis sueños, me ayudarán, total, en los sueños todo se vale. Logré el junté. Les hablé de la situación.

—Debemos salvar al niño.

Sin que mediara una explicación que no fuera la voluntad del “colectivo de la fantasía”, la mujer que antes buscaba a su hijo ahora estaba feliz con su niño. En mi mente oí una voz: “Lo vencerás, eres uno de nosotros, aunque más poderoso”.



Al salir del “cuento”, observé al duende asecharme por el parque. Podía escuchar lo que me decía: “Te fuiste porque querías reconocimiento en tu trabajo. ¿Dime a qué costo obtendrás lo material? No estás preparado para ver lo que hay en el cofre. Las niñas lloran por ti en las noches. Dejaré que la escuches”. No resistí los sollozos. Le ordené: “¡Desaparécete en este instante, lo hice por mi familia!”. “Acepta la realidad y serás libre. Es la única forma de derrotarlo”.

Intenté huir de él, pero fue inútil. Me atormentaba: “Deberías aprender de lo que te ha pasado. No has apreciado la vida ni a los tuyos. Eres un niño sin rumbo. Pero también eres la solución de esas pobres almas que desean ser libres y ellos te ayudarán”. Le dije enojado: “Solo sabes sermonearme sobre qué no hice o qué dejé de hacer en esta vida. Dime, ¿quién eres para regañarme?” Me contestó con un tono suave: “Tengo muchos nombres, lo cierto es que ninguno es el verdadero. Si buscarás en el cofre, aprenderías a no sentirte culpable”. Decidí ignorar al duende y salir por la puerta.

Llegué al parque. Tenían un problema en el teatro de Isdneí y debía reportarme, porque había que arreglar la maquinaria que movía el telón. Allí estaba el productor. Decían que lo iban a despedir si no diseñaba un espectáculo nuevo. Desesperado, reunió a su grupo de actores, buscaba una forma de encontrar la varita mágica, los vestuarios y el bebé que se usaba para la presentación del musical: *La reina zombi*.

Apareció un tal Vicente enojado, al verlo, una mujer que respondía al nombre de Sapura se puso nerviosa. Los gestos del hombre delataron sus intenciones. Su barba recogida, mirada siniestra y prepotencia hicieron que sintiera un escalofrío. Estaba intentando encender la máquina que hacía que el telón subiera y bajara. Fue entonces que la actriz se me acercó, y me dijo: “Él no quiere que seamos libres. Si me ayudas, lo sabrás. Eres uno de nosotros. Él no quiere perdernos”. Le pregunté si hablaba de Walter, pero no respondió.

Entonces averigüé que la semana pasada hubo una discusión fuerte entre los encargados del teatro. Ninguno se ponía de acuerdo con el guion. Desde ese día se desaparecieron el bebé de Sapura y sus pertenencias. Usé los poderes mágicos de la esfera para obtener información acerca de los artículos robados.

Me dirigió por un lugar que no conocía. Caminé. Hasta me topé con una puerta secreta por la que se introdujo una silueta. Vi una luz al final de la vereda. Era una gran bóveda con colecciones de objetos antiguos. Había unos muñecos mutilados de un pato, un perro y un ratón. Parecían como experimentos fallidos.

De pronto, Sapura agarró mis manos. Alegaba que no podía estar en ese lugar sin prepararme. Empezó a llorar cuando me confesó quién era. No quería hacer enojar a Walter ni revelar que los parques tenían una zona secreta, donde se cometían crímenes atroces. Le pregunté a qué se refería. Ella me dijo que Vicente era parte del grupo elite de Walter.

Me dijo que la siguiera. Llegamos hasta una puerta cerrada. Sapura marcó los números secretos del candado, para entrar por un pasillo oscuro. “Mi bebé... Lo mataré... Él pagará”, dijo la mujer. Ella prendió la luz, develando lo que había en el lugar. Encontramos unas criptas con víctimas que habían desaparecido. Sapura llevaba un cuchillo en su mano derecha. Le pregunté por qué tenía el arma blanca. Su respuesta fue: “Agita la esfera”.

Observé cuando Vicente llegó al final del pasillo y abrió un sótano. Bajamos unas escaleras. El lugar estaba frío. Aterrorizados, descubrimos un artefacto para convertir niños en príncipes y princesas. La máquina trituraba a las pobres almas hasta convertirlas en los muñecos que se usaban en Isdneí.

Sapura se apresuró, mientras Vicente se reía porque tenía a Olidus en una silla de tortura y lo iba a convertir en un ratón, pero hubo una explosión. Entonces, la mujer aprovechó para apuñalar a Vicente y correr para buscar a su pequeño. Antes de irme, la vi sonreír y acariciar a su bebé.

Por el camino me encontré al duende con el cofre. Cambiaba de forma y mostraba las distintas personalidades de los personajes que aparecían ante mí como si fueran depositados por un *Deus ex machina*. Aparentemente había salvado a los demás, pero no había aceptado mis errores ni quería ver lo que había dentro del baúl de madera. El duende me habló con firmeza: “Si quieres derrotar a Walter debes salvar tu familia. Solo abre el cofre si estás preparado para salvar lo que más amas”.

Caí al suelo, me percaté de que era una especie de narrador que recreaba historias, pero a quien le faltaba salvar a su esposa e hijas. Mi culpabilidad había atrapado a mis seres queridos en un cuento titulado “Las tres reinas de la soledad”.

Sentí que abría la caja de Pandora. Como si fuera una vuelta al pasado, vi cuando planificaba el viaje a Isdneí y cómo Walter me escogió para ser su “narrador” de historias. Lo hacía para no morir, para postergarse. Cada cierto tiempo escogía a un incauto para quebrantar su espíritu y atraparlo en historietas. Vivía dentro de un cuento para que no pensara en mi realidad. Se aprovechó de mi sentimiento de culpabilidad por haber dejado a mi familia. Fui el candidato perfecto para reemplazar a su viejo narrador. Para evitar que

perdiera la concentración, puso a mis familiares en otra dimensión.

Logré llegar al reino de la Soledad: un mundo creado por Walter. Caminé por la vereda, había árboles secos, personas enfermas, hongos en las estructuras. Era un universo alterno lleno de horror.

El duende me dijo: “Rompe la realidad y encontrarás las reinas de la Soledad, ellas tienen los poderes para derrotar a Walter. Los cuentos con finales felices tienen oculta otras versiones de horror. El creador mantiene su imperio de esa forma, si logras salvar a quienes amas, podrás escapar del parque”.

Me quedé pensativo. De pronto vi un enorme castillo. Las gobernantes hacían que sus esclavos buscaran residuos de felicidad, aunque estos no existieran. Las manos de los prisioneros estaban podridas. Se podía oler el hedor a muerte.

Las tres reinas vivían en el palacio ostentoso. Alrededor había unos relojes de distintos colores. Cada uno tenía un nombre.

A lo lejos estaban sus tronos hechos de espinas. Para mi sorpresa, en este mundo alterno mi esposa era una reina con colmillos, alas blancas y traje elegante. Su hermosura volvía loco a cualquiera. Al otro lado se encontraban mis hijas. Poseían la misma belleza de su madre, pero les faltaba la inocencia que las caracterizaba.

Vi cómo las damas de la soledad manejaban unos artefactos para mantener los cuentos de Walter. Mis amadas me dijeron: “Nos dejaste por oro, pensando que esa era la cura para tu insatisfacción. Fuiste necio y arrogante. Ahora pagarás”.

No aguanté verlas así. Intenté razonar con ellas. Los relojes en la sala sonaban cada cierto tiempo. En el suelo aparecieron las manecillas de los relojes que cambiaban a azul, a púrpura, a verde, a anaranjado, a blanco, a violeta y a negro. Les dije que las amaba, pero no escuchaban mis palabras. Caí de rodillas derrotado.

Comencé a llorar. Entonces apareció el duende y esta vez no era un hombre pequeño. Se parecía a mí. Me dijo que había una magia más fuerte. Desapareció entre los relojes.

Decidí destruir los doce relojes para culminar la esclavitud a la que Walter me había sometido. Una luz se apoderó de las tres reinas. El castillo comenzó a derrumbarse y las abracé. Agité la esfera para poder escapar. Una fuerte voz vociferó mi nombre.

Subí una cuesta empinada hacia el castillo, allí se formaron truenos y

relámpagos. Una nube oscura cubría la fortaleza. Apareció una mujer con la cara pintada de blanco. Me dijo: “Le hacemos creer a la gente que este lugar es imprescindible para ser feliz. Somos la mentira, un disfraz que aparece con un brillo fugaz. Jamás saldrás del mundo mágico”.

Abrí la puerta de metal, hizo un crujido. A lo lejos estaba el creador del parque. No entendía cómo había sobrevivido. Estaba sentado en su trono. Había unas mangas conectadas a su cerebro, y su cuerpo estaba helado. Sus labios estaban morados, tenía uñas largas, dientes podridos y ojos blancos. Estaba rodeado de montañas de dinero. Aplaudió cuatro veces y me lanzó billetes de cien.

—¡Bravo, bravo! Bienvenido al mundo mágico... Te puedo dar lo que deseas. En tu país no ibas a generar esta cantidad. Soy dueño y señor de las ventas de los parques más famosos del mundo. Tu talento es inigualable. Has sido uno de mis mejores narradores; gracias a ti nos mantuvimos vivos.

—¡Mentira! No soy parte de este parque. Solo deseaba ganar más dinero. Fue solo una oferta de trabajo.

—Has caído en las fantasías que se mercadean en todas partes. Me perteneces, firmaste para servirme. Te queda solo la muerte, pero sé que no deseas eso.

Agité la esfera con fuerza, deseaba regresar a la patria que había dejado. Las memorias de los buenos momentos aparecieron en mi mente. Analicé las palabras de los distintos personajes. Dijeron que tenía el poder. Walter no quería dejarme ir. No paraba de hablar.

—De qué me ha valido crear parques de atracciones si la soledad te va a consumir. La solución es esclavizar a la gente para mantener mi inmortalidad.

No le presté atención y le dije:

—Adiós, Walter.

Observé a las tres princesas de mi vida, ellas me dieron el valor para agarrar la cruz de Horus y clavarla en mi cuello. Rompí la bola de cristal, comencé a desangrarme y una luz se apoderó de mi cuerpo. El parque comenzó a difuminarse. Las atracciones empezaron a derrumbarse. Busqué fuerzas en mi interior para continuar.

Escuché las voces de mis hijas llamándome y sentí el cálido clima de mi tierra. Ví a mi esposa despedirme con un beso cálido y un abrazo. Había tenido la magia más grande frente a mis ojos, sin embargo, no la aprecié.

Sacudí la cabeza para liberarme del trance hipnótico provocado por Walter. Estaba en el palacio de las alegrías, observé la partida de los personajes.

Cada uno abría su cofre, se encontraba a sí mismo. Una nube apareció revelando las historias hermosas de mis afectos. El duende sonrió. La sonrisa me impartió la magia que necesitaba. Fue entonces cuando divisé al Viejo San Juan desde la ventanilla del avión. Regresaba a la isla de montañas delicadas, de exuberante vegetación, pero, sobre todo, la isla en la que predominaba la magia de los que amaba. Al aterrizar aplaudí delirante y me dije: “De aquí nadie me saca”.



Yosuel Ián (Guayama, Puerto Rico 1982). Escritor de la ciudad Bruja, quien terminó una maestría en la universidad del Sagrado Corazón. Defendió su disertación con una serie de cuentos titulada: *Isdneí*. El trabajo narrativo se centra en un mundo mágico donde los personajes cuentan distintas narraciones con un hilo conductor.

Luego de culminar la maestría, ha publicado cuatro libros titulados: *Dimensiones Paralelas*, *Villa Castilla*, *Arde el Cielo* y *Isdneí*

*Villa Castilla* es su novela más reciente. *Dimensiones Paralelas*, *Arde el Cielo* y *Isdneí* son una serie de cuentos.

No dejes que la magia en ti perezca.

No te olvides que tu tierra ofrece un mundo mágico.



